

Revista cuatrimestral - Precio del ejemplar : 150 Pts - Francia : 12 FF - Alemania : 6 DM -
 Inglaterra : 120 p. - Holanda : 6 Fl. - Bélgica : 120 FB - Italia : 2.400 Lir. - Portugal : 60 Esc.
 Suiza : 7 FS — EE.UU. y Canadá : \$ 2 — América Latina : el equivalente de \$ 1.50
 Abono anual : precio de 3 ejemplares

EL PROGRAMA COMUNISTA

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NUMERO

- **Tras los acontecimientos polacos: ¿en qué punto está la reanudación internacional de la lucha de clase? ... 1**

En defensa de la continuidad del programa comunista (V)

- | | |
|---|-----------|
| ● Introducción | 11 |
| ● Naturaleza, función y táctica del partido revolucionario de la clase obrera (1945) | 15 |

- **El viraje de los Frentes Populares o la capitulación del stalinismo ante el orden establecido (1934-1938) (VII) 29**
- **Los comunistas y las luchas obreras. «¿Qué hacer?» ayer y hoy 51**

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución stalinista; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoralresco.

Tras los acontecimientos polacos : ¿ en qué punto está la reanudación internacional de la lucha de clase ?

En general, el gran movimiento social que desde agosto de 1980 se desencadenó en Polonia, tras largos años de maduración, fue vivido por sus protagonistas como una lucha de "toda la sociedad" contra el régimen existente, considerando a éste, además, como una simple emanación del imperialismo ruso. Si fuera preciso buscar su significación en la esfera de las ideas y de las representaciones, la democracia pequeñoburguesa, tanto la del Occidente como la disidente en el Este, tendría razón en negar un carácter de clase a la lucha de los obreros polacos y en poner en primer plano, tal como lo han hecho los imperialismos occidentales tras el golpe, "la lucha de Polonia" contra la opresión rusa y el combate por "los derechos del hombre en el Este", aunque la democracia imperialista los pisotee en todas partes. En realidad, el secreto del encadenamiento de los acontecimientos sociales no puede ser descubierto en las ideas que se hacen los hombres de su propia acción. La concepción materialista de Marx nos induce a buscar ese secreto en los factores materiales en acción en el subsuelo de la sociedad, es decir, en los factores económicos y sociales, pues las ideas, las teorías y las explicaciones constituyen una representación más o menos de formada de ellos en el cerebro de los hombres. Ahora bien, desde este punto de vista, es innegable que un auténtico impulso proletario dio origen a todos los grandiosos acontecimientos polacos. Aunque la ola social haya terminado desdibujando el evidente carácter de clase del impulso inicial, lo que puso en movimiento a las diferentes clases de la sociedad fue la revuelta de la clase obrera contra las terribles condiciones de existencia que le son impuestas.

Si se coloca esta lucha de los obreros polacos en un mar

co internacional, vemos que ella pertenece a la ola mundial de luchas obreras que han respondido a la fase de agravación de la inestabilidad generalizada de la sociedad burguesa, abierta definitivamente por la crisis económica de 1974/75.

Esta ola se inició en los países de industrialización reciente, como Túnez, Brasil, Turquía, Irán, Argelia, El Salvador, etc. En primer lugar, porque están más golpeados por la crisis, y allí la clase obrera carece absolutamente de reservas. Luego, porque en muchos de esos países la clase obrera acaba de salir de luchas antiimperialistas en las que fue impulsada a la escena política y en donde fue llevada a luchar no solo con la burguesía y la pequeña burguesía, sino además a enfrentarse cada vez más a ellas. Es cierto también que las grandes metrópolis imperialistas han conocido estallidos como los de Miami, Brixton, Longwy-Denain o amplias agitaciones obreras como en España e Inglaterra. Pero entre los países industrializados ha sido en Polonia en donde la lucha obrera adquirió mayor amplitud. Allí, la crisis se vio agravada por las formas particulares que ha asumido el capitalismo en los países del Este y por la experiencia adquirida en la serie de revueltas precedentes en 1956, 1970 y 1976, cuyas enseñanzas han permitido pasar de la fase de la explosión de cólera pasajera o de motín a la de la lucha organizada y preparada en gran escala. En los otros países, solamente destacamentos avanzados, rápidamente obligados a dar marcha atrás o bien agotados por el aislamiento, emprendieron esta vía.

Cuando en los años cincuenta, en pleno período contrarrevolucionario, de condominio absoluto de las dos grandes superpotencias y de prosperidad capitalista, preveíamos que la reanudación revolucionaria de clase sería el resultado de una nueva crisis general del capitalismo, crisis que el estudio científico del curso del imperialismo mundial nos permitía situar a mediados de los años setenta, sólo se trataba entonces de la formulación de una condición teórica general de la reanudación de clase y de un objetivo de lucha y de preparación que se fijaba nuestro partido. De ningún modo esto significaba que la crisis económica engendraría mecánicamente la lucha proletaria. Dolorosamente verificamos en los hechos que el paso de una a otra, mucho más difícil aún de lo que pensábamos, se realiza a través de innumerables intentos abortados, a través de los cuales se desprenden vanguardias de lucha; intentos que, por otra parte, sirven aún de enseñanza a las otras.

Las luchas sociales de estos últimos años, que por el momento han culminado en la lucha de los obreros polacos, ya no parecen como un simple producto de la crisis general del capitalismo. Constituyen ya un factor crónico de agravación de una crisis que quizás tarde decenios antes de encontrar una solución y que sólo encontrará una solución definitiva con la victoria de la revolución comunista mundial. La sucesión y progresión de estas luchas indica claramente que, si bien el proceso de su generalización apenas se ha iniciado, la profundización de la crisis la amplificará mañana para conducir a luchas grandiosas y a un combate en gran escala organizado y unitario de

la clase obrera, terreno indispensable para la preparación revolucionaria. El desarrollo actual de esas luchas muestra que la curva de las luchas sociales ya ha comenzado a modificarse para aproximarse a la de la crisis económica.

Sin embargo, es innegable que el foso profundo, el espanto, el vacío que aparece incluso en la lucha que hoy representa la experiencia más avanzada de la clase obrera desde el punto de vista de la organización inmediata, a saber, la lucha de los obreros polacos, ese foso pues que existe entre el carácter auténticamente clasista del impulso de lucha y el carácter evidentemente democrático, nacionalista, reformista, y hasta en parte religioso de su orientación y de la conciencia que tiene de sí misma (y que, a fin de cuentas, la entrega a fuerzas enemigas de la clase obrera), puede dejar perplejo a más de un militante comunista.

Sabíamos con absoluta certeza que, tras la mayor contrarrevolución que haya sufrido en su historia, el movimiento proletario debía volver a partir de un nivel muy bajo. Lo sabíamos por la tradición de un partido que fue el único que tuvo conciencia de ella y que actuó en consecuencia. Pero entre el conocimiento teórico y la verificación concreta del abismo que deberá ser rellenado para que vuelvan a coincidir la curva social de los impulsos de lucha obrera y la curva política de una lucha de partido, es decir, de la lucha revolucionaria, hay una gran distancia.

Durante estos últimos años hemos exaltado ampliamente estas luchas obreras e insistido más sobre su importancia que sobre las dificultades que éstas encontrarían para subir el escarpado sendero de la reanudación revolucionaria de clase. Esta exaltación estaba ampliamente justificada: era preciso poner de relieve una confirmación experimental grandiosa de la teoría marxista; y aún lo sigue siendo si se tiene en cuenta el flujo ininterrumpido de "teorías" podridas que hoy producen industrialmente las universidades burguesas y que anuncian "el fin del proletariado". También estaba justificada para combatir las teorizaciones de fuerzas que querían llevarnos hacia atrás; que no veían que las situaciones históricas cambian lentamente, pero cambian; que son incapaces de ver en la noche, otra cosa que la noche y que no perciben el débil pero prometedor resplandor que anticipa el día.

Pero cuando el pequeño resplandor crece para volverse alba, en otros términos, cuando podemos participar más regularmente en las luchas obreras para tratar de organizarlas e influenciarlas, aunque aún no sea más que marginalmente, esta exaltación se vuelve insuficiente. Se revela insuficiente cuando se hace necesario explicar a los proletarios que quieren organizar a sus camaradas por qué una lucha tan potente como la de sus hermanos polacos se desarrolla bajo la égida de fuerzas que aquéllos combaten instintivamente y desemboca en una campaña de movilización imperialista, resultado político que provoca desconfianza en la masa obrera respecto a los trabajadores polacos.

Debemos comprender y explicar a los proletarios de van

guardia que la reanudación revolucionaria de clase, es decir, el poder llenar el foso existente entre la curva política y la curva social, será el producto de un proceso complejo y no mecánico, doloroso y difícil, tanto para la clase obrera como para su partido. Este proceso constituye la "fusión del movimiento obrero y del socialismo" de la que hablaba Lenin. Junto a Lenin y siguiendo las enseñanzas del verdadero marxismo, vemos en el partido comunista revolucionario al agente y crisol de esta fusión.

Este proceso de fusión tiene necesidad de los impulsos sociales provocados por gigantescas contradicciones objetivas insolubles que el capitalismo suscita en la sociedad. Ahora bien, aunque la contrarrevolución burguesa ha destruido el movimiento internacional de clase desde hace cincuenta años, estos impulsos son reforzados por el capitalismo mismo que ha ampliado a todos los continentes el futuro terreno de batalla, impulsando sobre las barricadas a numerosos e impetuosos batallones de proletarios de todos los países. Además, estos impulsos son reforzados por los elementos de educación revolucionaria que provee la agudeza de los antagonismos de clase en la sociedad capitalista mundial senil, elementos que penetran rápidamente en la lucha de los proletarios de los otros países, y cuya circulación se ve acelerada por la progresiva internacionalización de la vida social y política. De este modo, se forman las condiciones -pero, naturalmente, tan sólo las condiciones- para construir un partido revolucionario fuerte. Sin embargo, este conjunto de factores positivos no debe hacernos olvidar que, por un lado, la burguesía aprovecha también estas mismas condiciones para reforzar y centralizar sus medios de lucha antiproletarios a escala internacional, y que aún saca provecho de la larga ruptura de continuidad del movimiento comunista provocada por la contrarrevolución.

Este proceso de fusión también tiene necesidad del "socialismo", es decir, de la teoría marxista revolucionaria y de una lucha de partido guiada por ella. Por socialismo no entendemos una simple referencia ideológica, una especie de suma abstracta de las enseñanzas contenidas en los libros de Marx y Lenin que sería posible interpretar a discreción. Se trata del resultado de una lucha teórica de restauración doctrinal llevada a cabo por un pequeño núcleo de militantes comunistas que no cedieron ante una relación de fuerzas histórica desfavorable, sino que han aprovechado los años de postración política del proletariado para extraer el balance de la derrota de la Internacional Comunista y las lecciones de la contrarrevolución. Se trata de un resultado que da al proletariado internacional las bases de la reconstitución del partido de clase.

La penetración del comunismo revolucionario en la lucha obrera no puede ser el producto de la simple voluntad. Naturalmente, la voluntad es algo excelente, pero sólo obtiene resultados apoyándose en las leyes del movimiento histórico. El marxismo nos permite rechazar la concepción idealista de la actividad social y nos enseña que, si bien el partido puede ser el dirigente de este movimiento, no puede ser su fuerza motriz. La fuer-

te de energía es la situación real, los impulsos de la lucha proletaria, de donde -en ciertas condiciones- se desprende la tendencia de grupos de proletarios a pasar al terreno de una lucha general contra el capitalismo, es decir, al terreno de la lucha de clase que es una lucha política revolucionaria.

Además, el materialismo dialéctico nos enseña que esta tendencia no es ni el resultado de la voluntad ni el de la iluminación de las conciencias. La propaganda revolucionaria es necesaria, pero su eficacia está determinada por esta tendencia objetiva que es el producto de las condiciones materiales, es de cir, sociales y políticas, y de sus reflejos ideológicos.

Esto no reduce para nada el papel del comunismo revolucionario: éste debe participar en la lucha de los diferentes contingentes de la clase obrera desarrollando la conciencia de clase de los proletarios, contribuyendo a su organización e indicando los objetivos y medios de su combate; analizar para ello con precisión las necesidades de los diferentes sectores de la clase y de sus luchas, los objetivos que razonablemente puede fijarse para hacer avanzar la unidad del movimiento y su conciencia de clase; determinar científicamente los obstáculos teóricos y prácticos de este movimiento; apoyarse en los elementos de educación política que este movimiento suministra para mostrarle sus objetivos comunistas revolucionarios y consolidar su organización y aptitud para el combate; en suma, estudiar los mecanismos íntimos de ese proceso para intervenir en él más eficazmente, favorecerlo, imprimirle su sello y, finalmente, dirigirlo. ¡Esa es su enorme tarea en escala internacional!

Teniendo presente este cuadro de conjunto del proceso de "fusión del movimiento obrero y del socialismo" tal como lo considera el marxismo, es preciso ahora tratar de medir prácticamente los pasos que deben dar estos dos elementos para fusionarse.

La clase obrera necesita pasar por toda una serie de experiencias en las que, en la lucha por sus necesidades materiales, económicas y políticas, se enfrenta a todas las clases de la sociedad burguesa, a todas las ideologías, corrientes, escuelas políticas y partidos que trabajan en su seno y cuyo triunfo momentáneo no puede ser explicado como fruto del azar, sino por determinaciones precisas, porque estas corrientes, escuelas y partidos, en un momento dado, en parte expresan -pero, por su puesto, sólo en parte- el grado de madurez misma del movimiento.

El materialismo dialéctico nos enseña que, la clase obrera, al igual que las otras, no lucha bajo el impulso de las ideas, sino de las necesidades materiales. Sin embargo, impulsa da por sus potentes necesidades, tiene necesidad de armas teóricas de combate. Las busca en el cielo ideológico de la sociedad que, al menos al inicio, es decir, antes de que su lucha haya alcanzado un cierto estadio, está completamente ocupado por ideologías y programas de la clase enemiga. En primer lugar, la clase obrera comienza utilizando las armas que encuentra en las fracturas y contradicciones de la dominación burguesa. Viste sus reivindicaciones con esas ideologías, trata de forzarlas para

que expresen las exigencias provenientes de sus impulsos inmediatos, para impulsarlas al extremo. Es preciso que las repetidas luchas alcancen cierta intensidad y profundidad para que ya no solo individuos aislados, sino grupos de proletarios experimenten la ineficacia de esas armas en la lucha contra el Orden social existente y, en consecuencia, para que aparezca la tendencia objetiva a romper con esos programas e ideologías.

Durante los largos años que siguieron el fin de la segunda guerra imperialista, este proceso permaneció muy estancado. Si bien los impulsos inmediatos e incluso las revueltas obreras no faltaron, se chocaron con el muro de la prosperidad burguesa que podía reabsorberlas por medio de mejoras materiales, mientras que las débiles vanguardias que se desprendían de ellas aún permanecían enredadas en las telarañas de las querellas internas del nacionalcomunismo (y del trotskismo que pretendía reaccionar contra él), revalorizado por la guerra fría y la ola antiimperialista. Era preciso que éste capitulase completamente frente al Orden establecido y lo confesase ideológicamente para obligar, no ya a individuos aislados, a volver a buscar -contra él y su cúmulo de mentiras- la verdad de clase, es decir, el comunismo verdadero de Marx y Lenin. El fin de la larga fase de prosperidad capitalista con el "gran viraje" de 1974/75, así como el agotamiento del ciclo revolucionario anti-colonial, son potentes factores históricos que favorecen ese proceso objetivo sobre el que puede apoyarse el esfuerzo del comunismo revolucionario para volverse nuevamente el "órgano práctico" de la lucha proletaria.

Hoy, apenas hemos dado los primeros pasos en esta dirección. En Polonia, la clase obrera no podía evitar la experiencia de una dirección que impulsó el democratismo al absurdo al levantar la reivindicación del reformismo autogestionario. En Irán, no podía aún evitar la dirección de la oposición religiosa al régimen del Chá ni, luego, la de la oposición democrática-reformista al régimen de los ayatollahs. En Europa, aún no podía evitar la experiencia de la extrema izquierda del 1968 ni en Italia la de la "reacción terrorista" a la revelación del carácter contrarrevolucionario de los partidos supuestamente obreros. En América Central, aún no podía evitar la experiencia de la dirección democrático-burguesa de sus luchas, que hace de esas insurrecciones instrumentos de reforzamiento del Estado capitalista. Por más penosas que sean, estas experiencias son necesarias pues revelan la impotencia y el verdadero papel de la democracia a grupos de proletarios en lucha, ya mucho más amplios que los pequeños círculos de militantes revolucionarios que pudieran adquirir esta experiencia extrayéndola de la experiencia histórica del proletariado, a pesar de la larga depresión de la contrarrevolución mundial.

Pero las lecciones de la lucha tampoco se asimilan automáticamente, ya que el proceso depende de factores extremadamente complejos: de las experiencias políticas precedentes; de la rapidez con que haya podido surgir de la lucha proletaria una corriente que se coloque en un terreno independiente de clase, antes incluso de los acontecimientos decisivos; de las relacio-

nes de fuerza a escala nacional y de la forma en la que se alinean las diversas fuerzas políticas a escala internacional, etc.

En ciertas circunstancias, es posible incluso que los proletarios que más han contribuido a hacer avanzar el movimiento social sean precisamente aquellos que luego son los menos capaces de extraer las lecciones del mismo y de cristalizar una corriente de vanguardia; es incluso posible que tras luchas grandiosas e iluminantes vuelvan a caer en la noche en la que el peso del pasado parece volverse predominante, como si esos proletarios hubiesen agotado de un saque todas sus capacidades en un esfuerzo sobrehumano.

Esta experiencia la vivimos hoy cotidianamente en las luchas obreras. Históricamente, conocemos la grandiosa experiencia de la Comuna de París. Allí, el proletariado francés "partió al asalto del cielo", pero aún no era capaz en ese momento de extraer las lecciones de su gloriosa experiencia dotándose de un partido marxista intransigente. Sin embargo, otros lo hicieron. Podemos afirmar con Lenin que la victoria de la revolución rusa, la preparación del partido bolchevique y la Internacional Comunista hubiesen sido imposibles sin la Comuna de París.

Es muy probable que el peso de las tradiciones nacionales, exacerbado por la opresión gran rusa que nos hace retroceder por lo menos cien años atrás, engeezca a la clase obrera polaca (cuyo heroísmo, al igual que el de los sublimes combatientes del París insurgente de hace 111 años, de ningún modo está en tela de juicio) y este peso retrase la asimilación de las ricas lecciones que ella podría extraer de la experiencia vivida desde el verano de 1980. Es muy probable que para extraer estas lecciones los proletarios polacos tengan necesidad, precisamente, del aporte que le brindan luchas de proletarios de Europa occidental. De luchas que les demuestren que su explotación y opresión no son específicas de Polonia y de los países del Este, sino que son la consecuencia de las leyes internacionales del capitalismo que solamente se manifiestan bajo aspectos particulares en Polonia; de luchas que cierran el paso a la alianza con las democracias imperialistas occidentales para abrir el de la unión de la clase obrera de todos los países contra el orden establecido capitalista-imperialista. Por lo tanto, esta maduración política debe ser comprendida como un proceso internacional, así como son internacional por naturaleza el capitalismo, las condiciones de vida, de trabajo y de lucha de la clase obrera, y por lo tanto también las condiciones de su emancipación. Lo esencial es que, incluso en la peor situación, las lecciones extraídas por los esfuerzos de un contingente nacional particular de proletarios sean extraídas en escala internacional, analizadas en forma crítica según el método marxista por los militantes del partido comunista revolucionario, introducidos por ellos en la lucha de los otros contingentes de la clase obrera de los otros países, en suma, que se vuelvan el patrimonio viviente de la clase obrera y de su partido internacional.

La "fusión entre el movimiento obrero y el socialismo" no supone solamente una serie de transformaciones sucesivas del movimiento obrero, en estrecha relación con la intervención teórica y práctica del partido de clase. También supone una serie de cambios del partido proletario mismo en relación con la maduración de la situación política.

Desde el punto de vista práctico, el comunismo revolucionario hoy apenas ha salido de un período caracterizado esencialmente por la reconstrucción de la teoría marxista y el establecimiento del balance de la contrarrevolución. En efecto, si nuestro pequeño movimiento hoy se llama partido no es porque haya tenido lugar la "fusión del movimiento obrero y del socialismo". Esta fusión sólo podrá realizarse por el doble movimiento convergente de los impulsos de lucha del proletariado y del esfuerzo del comunismo revolucionario para volverse el "órgano de esta lucha". Si este movimiento se llama partido es, en primer lugar, porque reivindica la teoría marxista como base constitutiva del partido que debe ser el agente de esta fusión, teoría que éste considera como una ciencia y no como un objeto de mercantilismo, de compromisos ideológicos o improvisaciones doctrinales. En este sentido, Marx y Engels tampoco vacilaban en llamar al Manifiesto escrito en 1848 por la Liga de los Comunistas "Manifiesto del partido comunista". En segundo lugar, si este movimiento se llama partido es sobre todo porque la contrarrevolución ha impulsado a todas las otras corrientes comunistas y revolucionarias, que habían combatido en la Internacional de Lenin, a abandonar el terreno de los principios marxistas cuando, precisamente, la violencia siempre creciente de las contradicciones de clase exige que el partido de la próxima ola revolucionaria se constituya sobre una base aún más sólida que la de la ola precedente, la de los años 1917/23.

Las bases sobre las que se constituyó nuestro pequeño partido hace treinta años forman el zócalo de las normas programáticas, tácticas y organizativas generales del partido mundial de mañana. Estas no son el producto de la elucubración de algunos individuos particularmente geniales, sino el resultado de una auténtica experiencia histórica que el trabajo colectivo de una vieja generación, forjada en el fuego de los grandiosos combates de la Internacional de Lenin, ha analizado científicamente para transmitirla a nuevas generaciones revolucionarias. Estas bases son el producto del marxismo militante, es decir, un resultado del movimiento de clase del proletariado, aun cuando los militantes revolucionarios del mundo entero, que la lucha obrera internacional impulsa hacia adelante y conduce a conclusiones parciales que el marxismo ya ha establecido, tengan que sufrir duras experiencias para convencerse de su validez y hacerlas suyas, para acortar así las etapas de la maduración política del proletariado. Este resultado sigue siendo válido aun cuando nuestro pequeño partido de hoy deba adquirir, por una parte, toda la firmeza indispensable para aferrarse a esas bases y, por otra, toda la paciencia y el arte necesarios para demostrar la justeza y la eficacia revolucionaria de este método de formación del partido, demostración que no se realizará tanto procla-

mando una continuidad histórica en la que, a justo título, vemos una condición indispensable de la victoria del movimiento, como respondiendo a las necesidades de la lucha revolucionaria que se desarrolla ante nuestros ojos y, aún más, la que nos espera en el próximo período.

Consideramos la pequeña organización de hoy como el "núcleo" del "partido compacto y potente de mañana" porque trabaja sobre esas bases homogéneas desde hace treinta años. Esto representa ya mucho pues es la condición de todo; pero, al mismo tiempo, debemos tener el sentido de las proporciones y reconocer que aún es poco en relación a lo que el partido debe volverse para ser capaz de dirigir la lucha revolucionaria del proletariado, es decir, para volverse el agente eficaz de la "fusión del movimiento obrero y del socialismo", para volverse el crisol adaptado a las exigencias de esta fusión y dar a ésta la forma más apropiada.

Constituye casi una banalidad decir que, a favor de la maduración de la situación de los últimos años, nuestra organización de hoy recién ha dado sus primeros pasos en la extensión de su prensa internacional y la constitución de una red internacional del partido que deberán desarrollarse más ampliamente aún siguiendo las líneas de fuerza de la combatividad del proletariado internacional. Apenas ha dado sus primeros pasos para enriquecer la gama de sus actividades prácticas, sea en el terreno de la educación y organización de la clase a partir de sus impulsos de lucha, de una propaganda más adaptada y diferenciada en función de las necesidades variadas de los diferentes sectores y de las diferentes áreas geográficas, del establecimiento de una línea de acción política unitaria, sea la extensión de la gama de las actividades teóricas concernidas por estas actividades prácticas y, particularmente, el análisis preciso y concreto de las situaciones. Nuestra pequeña organización apenas ha dado sus primeros pasos para darse una estructura organizativa, política y logística, así como métodos de trabajo adaptados a la extensión de sus actividades y a las exigencias reconocidas de la nueva fase histórica, y para superar los hábitos ligados a una fase histórica de incubación del movimiento que nos ha impuesto una "vida de grupos" que corresponde a una actividad en gran parte mutilada. La aceleración de los acontecimientos que se opera ante nuestros ojos, a escala internacional, pone en evidencia que la organización de hoy deberá sufrir, en el curso de un proceso que no es en absoluto lineal, sino que está sembrado de bruscos saltos hacia adelante y de retrocesos temporarios, una sucesión de transformaciones importantes, en plazos históricos relativamente breves, para adquirir la experiencia práctica de la que aún carece en toda una serie de dominios, para aprender el arte de la lucha revolucionaria que debe ser la de una verdadera organización de combate comunista. Y para lograrlo debemos saber extraer el máximo que nos permite la situación internacional.

Durante mucho tiempo aún, el partido deberá realizar este aprendizaje en una situación en la que, en escala general, dominan sobre la clase las reivindicaciones dictadas por otras o-

orientaciones, particularmente las democráticas. Esto provocará, necesariamente, reveses del movimiento social que sacudirán también a los militantes del partido revolucionario y a su organización. Pero precisamente porque participará en estas batallas y sabrá seguir las en todos sus desarrollos, porque las asumirá sabiendo mantener una posición rigurosamente independiente frente a orientaciones adversas, porque favorecerá la maduración política y revolucionaria de los grupos de proletarios de vanguardia, por ello, podrá al mismo tiempo conquistar influencia.

El partido deberá realizar este aprendizaje participando en forma directa a una parte solamente de las luchas importantes que se desarrollarán en numerosos sectores y países. Pero buscando familiarizarse lo más posible con las experiencias de las luchas más ricas de todas las capas de la clase obrera de todos los países, defendiéndolas y buscando ligarse a ellas, extrayendo sistemáticamente su balance crítico a la luz del marxismo e introduciendo sus grandes lecciones en la lucha proletaria internacional, el pequeño núcleo de hoy podrá volverse apto para cumplir esa función y desarrollarse reforzándose.

Asimilar mejor nuestra teoría y dominar nuestras propias armas teóricas y prácticas; aprender a traducirlas en una gama de orientaciones de acción revolucionaria justas y eficaces; dotar al partido de una organización fuertemente centralizada, sólida y ramificada, capaz de iniciativa revolucionaria y capaz de rápida adaptación en función de las exigencias de la acción; construir una organización que sepa permanecer sorda a las sirenas del inmediatismo, las de las vías más fáciles y cortas, y mantener su rumbo y continuidad pese a las presiones y golpes del adversario, que sería falso y peligroso subestimar, todo esto costará, sin duda alguna, muchos esfuerzos y sacrificios. Se adquirirá a través de una serie de saltos cualitativos y sacudidas de las que el partido saldrá fortalecido y mejor adaptado a las exigencias del nuevo período histórico, esta "era de guerras y revoluciones" en la que hemos entrado. Pero esto será posible a condición que el partido sepa hacer circular en su seno las mejores experiencias de la lucha proletaria internacional y fundirlas con las ricas experiencias del pasado. A condición que sepa sintonizarse con el impulso revolucionario que viene de los sectores y zonas en los que la actividad de nuestra clase es más rica y fecunda, para irrigar centralizadamente con ella a toda la organización internacional y transmitirle una vitalidad y voluntad revolucionarias superiores, en estrecha fusión con la actividad teórica y práctica más fieles a los principios del marxismo intransigente, que le sirvan de brújula.

¡Esto es lo que debemos hacer y esto es lo que ya deben hacer con nosotros aquellos militantes revolucionarios que buscan la vía de la emancipación proletaria!

En defensa de la continuidad del programa comunista (V) :

Naturaleza, función y táctica del partido revolucionario de la clase obrera (1945)

Introducción

En los capítulos anteriores de esta serie (1) hemos seguido de cerca la lucha de la Izquierda Comunista italiana en el seno de la IIIa. Internacional: primero para tratar de consolidar las bases tácticas y organizativas de lo que hubiera debido llegar a ser el partido mundial de la revolución proletaria; luego para tratar de enderezar un curso cada vez más desastroso en el terreno táctico que llevó, entre otros, al aborto de la revolución alemana de 1923 y al creciente proceso de relajamiento de los lazos que hubieran debido continuar ligando solidamente su acción política a sus formidables bases teórico-programáticas constitutivas; y, finalmente, ya en 1926 ante la infame victoria de la teoría stalinista de la "construcción del socialismo en un solo país", para dar las bases teóricas, programáticas, tácticas y organizativas sea de la regeneración de la Internacional Comunista, sea de la reconstitución *ex novo* de un futuro partido comunista internacional.

El largo período posterior a 1926 durante el cual la Izquierda Comunista, reducida al silencio por el régimen disciplinario stalinista, después dispersada por el fascismo, logró mantener una continuidad física *de grupo*, en particular gracias a su Fracción en el extranjero (*Prometeo*, *Bilan*, etc.) será ulteriormente el objeto de un vasto estudio histórico y crítico. Ahora bien, en el Ejecutivo Ampliado de la Internacional de febrero-marzo de 1926, el representante de la Izquierda Comunista refirió estas palabras de un camarada residente en Rusia: "*Noso-*

(1) Ver los números 24, 26, 29 y 34-35 de esta revista.

tros jugamos de alguna manera un papel internacional, porque el pueblo italiano es un pueblo de emigrantes en el sentido económico y social del término y, desde el advenimiento del fascismo, igualmente en el sentido político(...) Nos ocurre un poco lo que les ocurre a los judíos; si hemos sido batidos en Italia, po demos consolarnos pensando que los judíos también son fuertes, no en Palestina, sino en otras partes". Y el papel de la Fracción de la Izquierda en el extranjero fue justamente el de preservar la continuidad de nuestra tradición y echar su semilla en Francia y Bélgica. La Fracción no pudo dar siempre una solución satisfactoria (para la cual faltaban a menudo los presupuestos objetivos) a los difíciles problemas planteados por el triunfo de la contrarrevolución stalinista. Pero a ella le debemos el embrión de lo que se ha vuelto nuestra red internacional actual, y en gran parte los primeros "cuadros" del partido que se reconstituyó en 1943, como expresión de la escisión organizativa respecto a los partidos "comunistas" oficiales, quienes se habían pasado definitivamente al reformismo, al legalismo, al socialdemocratismo, es decir, a la contrarrevolución.

El intento de 1943 y de los años siguientes constituyó un esfuerzo generoso pero confuso y, en muchos aspectos, discontinuo. Se puede decir que es solamente a partir de la segunda mitad de 1951 y, sobre todo, a partir de 1952 cuando el partido toma una orientación firme y homogénea, sobre la base de las tesis fundamentales del período 1920-1926 y del balance dinámico de los veinticinco años siguientes, que les daba un carácter todavía más neto y tajante. Es en ese mismo momento cuando el partido se dio una estructura correspondiente a esta aportación teórica, alrededor de su nuevo órgano, *Il Programma Comunista*.

El problema central era, sin duda alguna, la restauración integral de la doctrina marxista, mil veces renegada y falsificada por la contrarrevolución stalinista: pero ni en teoría, ni en la práctica, este objetivo podía ser separado, y jamás lo fue, de un esfuerzo constante no solo por difundir nuestras posiciones teóricas y programáticas, sino por "importarlas" a la clase obrera, según la definición clásica de Lenin, participando en los límites de nuestras fuerzas en las luchas que ella llevaba, incluso por objetivos inmediatos y contingentes, y sin jamás hacer del partido, incluso reducido numéricamente, una academia de pensadores, un círculo de gentes esclarecidas, una secta de conspiradores armados de un bagaje inestimable pero conocido únicamente por los iniciados.

A esta fidelidad tenaz y valerosa al "hilo del tiempo", a la doctrina inmutable, confirmada y hecha aún más tajante por el balance histórico de las luchas y de las derrotas del proletariado, es a esta fidelidad siempre ligada a un esfuerzo cotidiano para establecer un vínculo con una capa creciente de trabajadores, la que ha hecho nuestra fuerza: es ella la que explica no solo que hayamos sobrevivido en uno de los períodos más sombríos de la historia del movimiento obrero, sino que hayamos definido de un modo cada vez más preciso los límites infranqueables de nuestra doctrina y de nuestro programa, y que éstos hayan atravesado las fronteras. Internacional en sus bases programáticas, el partido tiende a serlo igualmente en su estructura organizativa,

y ha podido precisar los caracteres de esta estructura, así como las normas tácticas imperativas para todos sus militantes, de un modo mucho más preciso y completo de lo que fue posible hacerlo en el seno de la III Internacional. En pocas palabras, se ha reconstituido sobre *sus bases propias*, liberadas de las concesiones que había debido hacer en el período 1922-1926, por disciplina hacia la Comintern, aunque siempre haya reafirmado entonces franca y duramente sus desacuerdos.

En este desarrollo del partido en la posguerra tienen particular importancia nuestras "Tesis características del Partido", cuerpo de tesis que constituyó la base para la adhesión de los militantes (y que no publicamos en esta serie por haberlo sido ya por separado, con un prefacio ad-hoc, por Editions Programme), las que ponían punto final a la escisión que tuvo lugar en 1951 en nuestro movimiento, y que estuvo acompañada del cambio de nombre de nuestro periódico en Italia.

Sin embargo, el enorme esfuerzo teórico que se desplegó en toda su magnitud a partir de 1952 estuvo precedido y preparado por un continuo y creciente trabajo de esclarecimiento doctrinal y programático ya iniciado desde 1943, el que dio lugar a las "Tesis de la Izquierda" (2), de las que forman parte las tesis que publicamos a continuación, a otra serie de textos fundamentales (3), y a la larga serie de artículos intitulada "Siguiendo el hilo del tiempo", iniciada en 1949 (4).

Las tesis de 1945 intituladas "Naturaleza, función y táctica del partido revolucionario de la clase obrera" cumplieron eficazmente el papel de nexo entre el pasado y el presente, reafirmando las posiciones teórico-programáticas y tácticas ya enunciadas por la Izquierda de 1920 a 1926, en particular, en las "Tesis de Lyon" de 1926, con un balance que incluía el período posterior a la victoria del stalinismo.

Ellas basan sólidamente el planteamiento del problema de la táctica en el terreno del materialismo marxista que rechaza el "libre albedrío" no solo en los seres humanos, sino también en las clases sociales; rehusando así la *arbitrariedad* en la voluntad y en la táctica del partido, concepción cuyas expresiones

(2) Publicadas en los números 2, 3, 5, 6, 7, y 8 de la primera serie de nuestra revista de entonces, *Prometeo* y reimpresas en "Per 1' organica sistemazione dei principi comunisti", Ed. Il Programma Comunista. De ellas hemos publicado en castellano "El asalto de la duda revisionista a los fundamentos de la teoría marxista - El ciclo histórico de la economía capitalista - El ciclo histórico de la dominación de la burguesía" en el nº 21 de esta revista (setiembre 1976) y "El curso histórico del movimiento de clase del proletariado - Guerras y crisis oportunistas" en el nº 22 de la misma (diciembre 1976).

(3) En particular "Propiedad y Capital", cuyos primeros capítulos publicamos en el nº 22 de esta revista, y "Fuerza, violencia, dictadura en la lucha de clases", publicado en castellano por Ed. Programme.

(4) Ver, en particular, "El proletariado y la guerra: Socialismo y nación - Guerra y revolución - Guerra imperialista y guerra revolucionaria - La guerra revolucionaria proletaria - La novela de la guerra santa - Estado proletario y guerra" en los números 31 y 32 de esta revista (junio-setiembre y octubre-diciembre de 1979).

catastróficas no se han reducido a la socialdemócrata-reformista de la II Internacional o a la del "sindicalismo revolucionario", sino que concierne a la más desastrosa de todas: la de la Internacional Comunista en vías de degeneración, cuando pretendía si multáneamente maniobrar a discreción a los partidos adherentes y conservarles sus características específicas de órganos de comba te revolucionario.

Analizando los procesos degenerativos del movimiento obrero, las tesis niegan tal arbitrariedad y extraen la lección -cien veces defendida por la Izquierda- de que el partido no es solo un factor de la historia, sino también un producto de ella, y en particular, de su *propia acción*; y sacan de las vicisitudes de la II y III Internacionales el balance desastrosamente negativo de la división del programa del partido obrero en uno "mínimo" y otro "máximo", por una parte, y de las tácticas no solo de alianza con fuerzas burguesas por la obtención del primero, si no también de la táctica del "frente único político" con parti dos sedicentemente obreros, pero que constituyen corre as de transmisión de la clase enemiga.

Estas tesis, además de su validez general e internacional en el terreno teórico y programático, tienen un interés táctico inmediato y fundamental para toda el área burguesa (que ha termi nado extendiéndose por todo el munto ex-colonial (5)) y, por con siguiente, para España y América Latina en particular.

Rechazando como ya históricamente reaccionarios en escala internacional los postulados económicos, sociales y políticos del liberalismo frente al curso cada vez más totalitario del capitalismo mundial; reafirmando el carácter mundial de la estr ate gia comu nista y de sus lineamientos tácticos; sosteniendo la ne ce sidad de orientar todo el trabajo del partido en función de las máximas exigencias de la lucha revolucionaria por la conquista del poder; rehusando los objetivos de lucha por la democracia; reivindicando altamente la unidad de la clase en torno del parti do único y compacto de la preparación del asalto insurreccional y de la gestión de la dictadura proletaria, las tesis condensan tanto el balance de todo el arco histórico del movimiento de cla se como los principios programáticos del partido comunista mundial.

En el momento de su publicación, ya hace 37 años, se trataba de "tejer de nuevo la red de su organización en cada país". Es esta tarea central que el capitalismo, en esta nueva fase de "guerras y revoluciones" ya abierta por su curso catastrófico, im pone a los proletarios y militantes que buscan en todos los países la vía y el instrumento político de la lucha por el derrocamiento del régimen burgués. Este es el llamamiento que nosotros les dirigimos, en España y América Latina en particular, para traducir en una acción internacional de partido las líneas direc trices trazadas por estas tesis que recogen las duras y trágicas enseñanzas de un siglo de movimiento comunista.

(5) Ver "El cierre de la fase revolucionaria burguesa en el Tercer Mundo" en el nº 37 de esta revista (enero-abril de 1981).

o o o

La cuestión de la táctica del partido es de una importancia fundamental y debe ser abordada en relación con la historia de las luchas de tendencias y de orientación en la IIda. y la IIIra. Internacionales.

Considerarla como secundaria o accesorio sería caer en el error de admitir que grupos que están de acuerdo sobre la doctrina y el programa pueden, sin alterar estas bases, defender y aplicar orientaciones diferentes en la acción, aunque sólo sea con ocasión de episodios transitorios.

Plantear los problemas relativos a la naturaleza y a la acción del partido significa que se ha pasado de la interpretación crítica de los procesos sociales al estudio de la influencia que puede ejercer sobre ellos una fuerza que interviene activamente. Este paso constituye el punto más importante y delicado de todo el sistema marxista; lo encontramos delimitado en estas frases juveniles de Marx: "Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo, ahora se trata de transformarlo"; "Del arma de la crítica hay que pasar a la crítica de las armas".

Este paso del puro conocimiento a la intervención activa debe ser interpretado según el método del materialismo dialéctico de una manera radicalmente diferente a la de los partidarios de las ideologías tradicionales. Se ha visto con demasiada frecuencia a los adversarios del comunismo explotar el bagaje teórico del marxismo para sabotear y repudiar sus consecuencias en el terreno de la acción y de batalla, o bien, desde otra orilla, afectar que se adhiere a la praxis del partido proletario, pero refutando y rechazando sus bases críticas de principio. En estos dos casos, la desviación era el reflejo de influencias anticlasistas y contrarrevolucionarias, y se ha manifestado en la crisis que, para ser breves, llamamos oportunismo.

Los principios y las doctrinas no existen de por sí, como una base surgida y establecida antes de la acción; se forman, al contrario, en un proceso paralelo al de la acción. Son los intereses materiales opuestos los que impulsan a los grupos sociales a la lucha práctica, y es de la acción suscitada por estos intereses materiales de donde se forma la teoría que se convierte en el patrimonio característico del partido. Si llegan a cambiar las relaciones de intereses, los estimulantes y las orientaciones prácticas de la acción, será modificada y deformada la doctrina del partido.

Crear que, por el sólo hecho de haber sido codificada en un texto programático y de haber dotado a la organización del partido de un encuadramiento estricto y disciplinado, la doctrina del partido se ha vuelto intangible y sagrada y que, por consiguiente, uno puede permitirse adoptar variadas y múltiples orientaciones y maniobras en la acción táctica, significa que uno no ve de modo marxista cuál es el verdadero problema a re-

solver para llegar a la elección de los métodos de acción.

Volvamos a la significación del determinismo. ¿Los acontecimientos sociales se desarrollan según fuerzas incoercibles, las que crean en los hombres diversas ideologías, teorías y opiniones, o bien pueden ser modificados por la voluntad más o menos consciente de los mismos hombres? El método propio del partido proletario resuelve esta alternativa cambiando radicalmente sus bases tradicionales. En efecto, se planteaba siempre el problema y se pretendía resolverlo a escala del individuo aislado, para deducir enseguida una solución aplicable al conjunto social, mientras que, al contrario, hay que considerar la colectividad en lugar del individuo. Por otro lado, se entendía siempre por colectividad esa otra abstracción metafísica que es la sociedad de todos los hombres, mientras que para el marxismo una colectividad es un reagrupamiento concretamente definido de individuos que, en una situación histórica dada, tienen intereses paralelos que se derivan de las relaciones sociales, es decir, de su lugar en la producción y en la economía (y estos reagrupamientos son precisamente las clases).

La capacidad de comprender exactamente las relaciones en que viven y ejercer sobre ellas una cierta influencia no es la misma para todas las clases sociales de la historia humana. Cada clase histórica ha tenido su partido, su sistema de opiniones y de propaganda. Con la misma insistencia, cada una ha pretendido interpretar exactamente el sentido de los acontecimientos y poder dirigirlos hacia un fin más o menos vagamente concebido. El marxismo proporciona la crítica y la explicación de todas esas teorías y muestra que las diversas generalizaciones ideológicas eran el reflejo, en las opiniones, de las condiciones y de los intereses de las clases en lucha.

En esa sucesión de acontecimientos, engendrados por intereses materiales, protagonizados por partidos y organismos estatales de clase, y que suscitan representaciones políticas y filosóficas, la clase proletaria moderna se presenta, una vez que las condiciones sociales de su formación han madurado, con capacidades nuevas y superiores, tanto porque posee un método no ilusorio de interpretación de todo el movimiento histórico, como por la eficacia concreta de su acción de lucha social y política para influir sobre el desarrollo general de este movimiento.

Esta otra noción fundamental ha sido enunciada por los marxistas en estas frases célebres y clásicas: "Con la revolución proletaria, la sociedad humana sale de la prehistoria"; "La revolución socialista constituye el paso del mundo de la necesidad al de la libertad".

Se trata pues de no plantear más en los banales términos tradicionales la cuestión de si el hombre dueño de su voluntad, o bien está determinado por su medio ambiente; si la clase y su partido tienen conciencia de su misión histórica y extraen de esta conciencia teórica la fuerza para llevarla a cabo para un mejoramiento general de la sociedad, o bien son arrastrados en la lucha, hacia el éxito o el fracaso, por fuerzas superiores y desconocidas. Ante todo, hay que preguntarse de qué clases y de

qué partidos se trata, cuál es su situación en el terreno de las fuerzas productivas y de los poderes estatales, qué ciclo histórico ha recorrido y qué otro les queda por recorrer, según las previsiones del análisis crítico.

Para las doctrinas religiosas, la causa de los acontecimientos reside fuera del hombre, en la divinidad creadora, que lo ha establecido todo y ha creído incluso que debía conceder al individuo una cierta libertad de acción, de la que tendría que responder en otra vida. Es evidente que semejante solución del problema de la voluntad y del determinismo es completamente abandonada por el análisis social marxista.

Pero incluso la filosofía burguesa, fundada en las "Luces", que pretende haber eliminado todo postulado arbitrario y revelado, propone una solución tan mentirosa como la anterior. En efecto, el problema de la acción se reduce siempre en ella a la relación sujeto-objeto y, tanto en las versiones antiguas como en las versiones modernas de los diversos sistemas idealistas, el punto de partida es buscado en el sujeto individual, en el Yo: este punto de partida idealista reside, en efecto, en el mecanismo del pensamiento del individuo y se traduce a continuación en la acción de éste sobre el medio ambiente natural y social. De ahí la mentira política y jurídica del sistema burgués, que declara al hombre libre y le concede, en cuanto ciudadano, el derecho de administrar la cosa pública y, por consiguiente, sus propios intereses, según la opinión madurada en su propia cabeza.

La interpretación marxista de la historia y de la acción humana, así como excluye la intervención de toda influencia trascendental y de toda palabra revelada, echa por tierra con igual decisión el concepto burgués de la libertad y de la voluntad del individuo, mostrando que son sus necesidades y sus intereses los que explican su comportamiento y su acción -no siendo sus opiniones, sus creencias y lo que se llama su conciencia más que los efectos últimos de factores más complejos.

Cuando se pasa del concepto metafísico de conciencia y de voluntad del Yo a la noción real y científica de conocimiento teórico y de acción histórica y política del partido de clase, el problema se encuentra planteado claramente y su solución puede ser abordada.

Esta solución tiene una significación original para el movimiento y el partido del proletariado moderno. Por primera vez, en efecto, se trata de una clase social que es empujada a romper los viejos sistemas y las viejas formas políticas y jurídicas que obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas (tarea revolucionaria que tuvieron ya las clases sociales precedentes), no para constituirse en una nueva clase dominante, sino para establecer relaciones de producción que permitirán eliminar la presión económica y la explotación de una clase por otra.

Por consiguiente, el proletariado dispone de una claridad histórica más grande y de una influencia más directa sobre

los acontecimientos que las clases que han dirigido la sociedad hasta hoy.

Esta aptitud histórica particular, esta facultad nueva del partido de clase del proletariado, debe ser seguida en el complejo proceso de sus manifestaciones a través del curso histórico que el movimiento proletario ha atravesado hasta hoy.

La influencia que ejerció sobre el proletariado la fase del desarrollo pacífico y aparentemente progresivo del mundo burgués en la última parte del siglo XIX se manifestó con el revisionismo de la II^a Internacional, que desembocó en el oportunismo plasmado en la colaboración de los socialistas en los gobiernos burgueses, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. Parecía entonces que la expansión del capitalismo, contrariamente al esquema clásico de Marx, no llevaba consigo la exasperación inexorable de las contradicciones de clase y de la explotación y pauperización del proletariado. Parecía que mientras el mundo capitalista pudiese extenderse sin provocar crisis violentas, el nivel de vida de las clases trabajadoras podría mejorarse gradualmente en el interior mismo del sistema capitalista. El reformismo elaboró en el plano teórico el esquema de una evolución que llevaba sin tropiezos de la economía capitalista a la economía proletaria y, en el dominio práctico, afirmó con toda coherencia que el partido proletario podía desarrollar una acción positiva centrada en la realización cotidiana de conquistas parciales -sindicales, cooperativas, administrativas, legislativas- que se convertían en otros tantos núcleos del futuro sistema socialista en el interior del régimen actual, al que poco a poco debían transformar completamente.

Se abandonó la concepción de que el partido debía someter toda su acción a la preparación de un esfuerzo final con vistas a realizar las conquistas máximas, para adoptar una concepción fundamentalmente voluntarista y pragmática: la actividad cotidiana era presentada como una realización sólida y definitiva que se oponía a la vacuidad de la espera pasiva de una gran victoria futura que debía resultar del enfrentamiento revolucionario.

La escuela sindicalista no era menos voluntarista, hasta en su adhesión a las filosofías burguesas más recientes. En efecto, hablaba ciertamente de conflicto de clase declarado, de destrucción y de abolición de ese aparato estatal burgués que los reformistas querían empapar de socialismo; pero, en realidad, localizando la lucha y la transformación sociales en las empresas de producción tomadas aisladamente, pensaba igualmente que, con su lucha sindical, los proletarios podían conquistar posiciones victoriosas que serían otros tantos islotes proletarios en el mundo capitalista. El movimiento italiano del *Ordine Nuovo* se derivaba de esta concepción sindicalista: con su teoría de los consejos de empresa, rompía la unidad internacional e histórica del movimiento de clase y de la transformación social para proponer, en nombre de una determinación concreta y analítica de la acción, la conquista de una serie de posiciones sucesivas en el seno de las unidades de producción.

Volviendo al revisionismo gradualista, así como la realización del programa máximo del partido era eclipsado por las conquistas parciales y cotidianas, se preconizaba la famosa táctica de alianza y de coalición con grupos y partidos políticos que, por turno, consintiesen en apoyar las reivindicaciones parciales y las reformas propuestas por el partido proletario.

Desde aquella época, una crítica fundamental fue hecha a esta praxis: la alineación del partido, al lado de otras formaciones políticas, sobre un frente que cambiaba según los problemas de actualidad que dividían al mundo político en un momento dado, conducía a desnaturalizar el partido, a obscurecer su claridad teórica, a debilitar su organización y a comprometer su capacidad para encuadrar la lucha de las masas proletarias en la fase de la conquista revolucionaria del poder.

La naturaleza misma de la lucha política hace que la alineación de las fuerzas en dos campos separados por opuestas soluciones acerca de un sugestivo problema coyuntural, al polarizar todas las acciones en torno de ese interés transitorio y de esa finalidad inmediata, y al aplastar toda propaganda programática y toda coherencia con la tradición de principios, determina en los grupos combatientes orientaciones que reflejan directamente y traducen de manera bruta la exigencia por la cual se combate.

La tarea del partido -y hasta los mismos socialistas de la época clásica lo admitían de palabra- debería ser conciliar la intervención en los problemas coyunturales y en las conquistas contingentes con la salvaguarda de su fisionomía programática y de su capacidad para colocarse en su terreno de lucha propio para el fin general y supremo de la clase proletaria. Pero, en realidad, la actividad reformista hizo no solo olvidar a los proletarios su preparación revolucionaria de clase, sino que condujo a los jefes y a los teóricos del movimiento mismos a rechazarla abiertamente para proclamar que, en lo sucesivo, ya no se trataba de ocuparse de las realizaciones máximas, que también la crisis revolucionaria final prevista por el marxismo no era sino una utopía y que lo único que importaba eran las conquistas de cada día. "El fin no es nada, el movimiento lo es todo" se convirtió en la divisa común de los reformistas y sindicalistas.

La crisis del reformismo estalló en toda su amplitud con la guerra, la que aniquilaba el postulado histórico de la creciente tolerabilidad de la dominación capitalista. Las riquezas colectivas acumuladas por la burguesía, de las que una escasa parte era destinada al mejoramiento aparente del nivel de vida de las masas, fueron arrojadas a la hoguera de la guerra: no solo todas las mejoras reformistas fueron engullidas en la crisis económica, sino que la vida misma de millones de proletarios fue sacrificada. Paralelamente, mientras que la fracción de los socialistas que había permanecido sana mantenía aún la esperanza de que esta manifestación violenta de la barbarie capitalista arrancaría a los grupos proletarios de la colaboración de clase para llevarlos a una lucha general abierta con vistas a

la destrucción del sistema burgués, se asistió, por el contrario, a la crisis y a la bancarrota de toda -o casi toda- la organización proletaria internacional.

El desplazamiento del frente de la agitación y de la acción inmediata efectuado en el período de la práctica reformista se reveló como una debilidad incurable: los proletarios habían olvidado y no comprendían ya los fines supremos de su clase. La clase dominante supo explotar ampliamente las consecuencias nefastas del método táctico de aceptar la alineación de los partidos en una de las dos coaliciones diferentes según los países y las consignas contingentes más diversas (más amplia libertad de organización, ampliación del derecho de voto, nacionalización de ciertos sectores económicos, etc.), y que provocó la alineación de los jefes del proletariado en posiciones políticas que constituyeron la degeneración socialpatriota.

La popularidad que aportaba a estos postulados no clasistas la propaganda de las poderosas organizaciones de masa de los grandes partidos socialistas de la II^a Internacional fue hábilmente utilizada para desnaturalizar la orientación política de éstos, demostrando que, en el interés del proletariado y en el interés mismo de su marcha hacia el socialismo, había que defender, mientras tanto, otros resultados, como la civilización alemana contra el zarismo feudal y teocrático, o bien la democracia occidental contra el militarismo teutón.

A través de la revolución rusa, la III^a Internacional se levantó contra esta orientación desastrosa para el movimiento obrero. Sin embargo, hay que decir que si bien su restauración de los valores revolucionarios fue grandiosa y completa en lo que concierne los principios doctrinales, a la orientación teórica y el problema central del poder del Estado, no fue igualmente completa la sistematización organizativa de la nueva Internacional y la definición de su táctica y la de los partidos adherentes.

La crítica de los oportunistas de la II^a Internacional fue, no obstante, completa y decisiva, no sólo en lo que se refiere a su abandono total de los principios marxistas, sino también a su táctica de coalición y de colaboración con gobiernos y partidos burgueses.

Se puso en evidencia que la orientación particularista y coyunturalista dada a los viejos partidos socialistas no había asegurado de ninguna manera pequeñas ventajas y mejoras a los trabajadores a cambio de su renuncia a preparar y a realizar el ataque supremo contra las instituciones y el poder burgués; pero, al comprometer a la vez los fines inmediatos y el fin histórico, esa orientación había conducido a una situación todavía peor, es decir, a la utilización de las organizaciones, de las fuerzas, de la combatividad, de las personas y de las vidas de los proletarios para realizar objetivos que, lejos de responder a los fines políticos e históricos de su clase, conducían a un reforzamiento del imperialismo capitalista. La guerra le había permitido a éste alejar, al menos por toda una fase histórica, el peligro que engendraban las contradicciones de

su mecanismo productivo, mientras que la sumisión a él de los cuadros sindicales y políticos de la clase enemiga a través del método político de las coaliciones nacionales le permitía superar la crisis política determinada por la guerra y sus repercusiones.

Como lo demuestra la crítica leninista, se había desnaturalizado así completamente la tarea y la función del partido proletario de clase, que no es salvar la patria burguesa o las instituciones de la sedicente libertad burguesa, de peligros proclamados, sino mantener alineadas las fuerzas proletarias sobre la línea histórica general del movimiento, que debe culminar en la conquista del poder político, con el derrocamiento del Estado burgués.

En la inmediata posguerra, cuando las así llamadas condiciones subjetivas de la revolución (es decir, la eficacia de las organizaciones y de los partidos del proletariado) aparecían desfavorables, mientras que la crisis del mundo burgués que se manifestaba entonces en toda su amplitud suministraba, al contrario, las condiciones objetivas favorables, se trataba de poner remedio a la primera deficiencia con la rápida reorganización de la Internacional revolucionaria.

Este proceso estuvo dominado, y no podía ser de otro modo, por el grandioso hecho histórico de la primera victoria revolucionaria proletaria en Rusia, que había permitido poner de nuevo a plena luz las grandes directrices comunistas. Pero se quiso trazar la táctica de los partidos comunistas, que en los otros países reunían a los grupos socialistas opuestos al oportunismo de guerra, como una imitación directa de la táctica aplicada victoriosamente en Rusia por el partido bolchevique para conquistar el poder en el curso de su lucha histórica de febrero a noviembre de 1917.

Desde el primer momento esto dio lugar a importantes debates sobre los métodos tácticos de la Internacional, y en particular sobre el del frente único, que consistía en dirigir frecuentemente a los otros partidos proletarios y socialistas invitaciones para una agitación y acciones comunes, con el fin de poner en evidencia lo inadecuado del método de estos partidos y desviar, para ventaja de los comunistas, su influencia tradicional sobre las masas.

De hecho, a pesar de las puestas en guardia apremiantes de la Izquierda comunista italiana y de otros grupos de oposición, los jefes de la Internacional no se dieron cuenta de que esta táctica del frente único, al alinear a las organizaciones revolucionarias al lado de las organizaciones socialdemócratas, socialpatriotas y oportunistas de las que acababa de separarse como consecuencia de una oposición irreductible, no solamente desorientaría a las masas y volvería imposible, por eso mismo, las ventajas esperadas de esta táctica, sino -lo que era más grave todavía- acabaría por corromper a los partidos revolucionarios mismos. Es cierto que el partido revolucionario es el mejor factor de la historia y el menos estrechamente condicionado, pero no por eso deja de ser un producto de esta historia y

de sufrir cambios a cada modificación de las fuerzas sociales . No se puede considerar el problema de la táctica como el del manejo a voluntad de un arma, que brandida en cualquier dirección, sigue siendo idéntica a sí misma. La táctica del partido influye y modifica al partido mismo. Ninguna táctica debe ser condenada en nombre de dogmas apriorísticos, pero toda táctica debe ser analizada y discutida previamente en función de un criterio como el siguiente: para ganar eventualmente mayor influencia sobre las masas, ¿no se va a comprometer el carácter del partido y su capacidad de guiar estas masas hacia la meta final?

La adopción de la táctica del frente único significaba en realidad que la Internacional Comunista se comprometía también en el camino del oportunismo que había conducido la IIa. Internacional a la derrota y a la liquidación. Sacrificar la victoria final y total a éxitos contingentes y parciales, tal había sido la característica de la táctica oportunista. La del frente único también se revelaba como oportunista, puesto que también sacrificaba la garantía primordial e irremplazable de la victoria final y total (la capacidad revolucionaria del partido de clase) a la acción contingente que debía asegurar ventajas momentáneas y parciales al proletariado (el aumento de la influencia del partido sobre las masas y una participación más masiva del proletariado en la lucha por el mejoramiento gradual de sus condiciones materiales y para el mantenimiento de las conquistas eventuales ya obtenidas).

En la situación de la primera posguerra, que aparecía como objetivamente revolucionaria, la dirección de la Internacional se dejó guiar por el temor -no desprovisto de fundamentos- de no estar lista y de tener escaso séquito en las masas en el momento de la explosión de un movimiento europeo general que podía llevar a la conquista del poder en algunos de los grandes países capitalistas. La eventualidad de un rápido hundimiento del mundo capitalista era hasta tal punto importante para la Internacional leninista, que se puede comprender hoy cómo, con la esperanza de poder dirigir más amplias masas en la lucha por la revolución europea, llegó incluso a aceptar la adhesión de movimientos que no eran verdaderos partidos comunistas, e intentó, con la táctica elástica del frente único, guardar el contacto con las masas que estaban tras los partidos que oscilaban entre la conservación y la revolución.

Si se hubiese realizado la eventualidad favorable, sus consecuencias sobre la política y la economía del primer poder proletario en Rusia habrían tenido una importancia tal que habría sido posible el saneamiento rapidísimo de las organizaciones internacionales y nacionales del movimiento comunista.

Habiéndose realizado la eventualidad menos favorable, la de la estabilización relativa del capitalismo, el proletariado revolucionario tuvo que reanudar la lucha y el camino con un movimiento que, habiendo sacrificado su clara orientación política y la homogeneidad de su composición y de su organización, se encontraba expuesto a nuevas degeneraciones oportunistas.

Pero el error que abrió las puertas de la IIIa. Internacional a la nueva oleada oportunista, más grave que las precedentes, no era solamente un error de cálculo sobre las probabilidades futuras del devenir revolucionario del proletariado: era un error de planteamiento y de interpretación histórica que consistía en querer generalizar las experiencias y los métodos del bolchevismo ruso aplicándolos a países de civilización burguesa y capitalista mucho más avanzadas. La Rusia de antes de febrero de 1917 era aún una Rusia feudal en la que las fuerzas productivas capitalistas eran ahogadas por el peso de las viejas relaciones de producción: era evidente que en esta situación, análoga a la de Francia de 1789 y de la Alemania de 1848, el partido político del proletariado debía combatir el zarismo aun si hubiese sido imposible evitar que se estableciese un régimen burgués capitalista después de su derrocamiento; y, en consecuencia, era igualmente evidente que el partido bolchevique podía tomar contactos con otros agrupamientos políticos, contactos vuellos necesarios para la lucha contra el zarismo. Entre febrero y octubre de 1917, el partido bolchevique encontró las condiciones objetivas favorables para un designio mucho más vasto: injertar sobre el derrocamiento del zarismo la ulterior conquista revolucionaria del poder por el proletariado. Endureció, pues, sus posiciones tácticas, luchando abiertamente y sin piedad contra todas las otras formaciones políticas, desde los reaccionarios promotores de una restauración zarista y feudal hasta los socialistas revolucionarios y los mencheviques. Pero el hecho que se podía temer efectivamente una restauración del feudalismo absolutista y teocrático, y el hecho que las formaciones políticas y estatales de la burguesía, o las influenciadas por ella, no tenían todavía, en la situación extremadamente fluida e inestable de entonces, ninguna solidez ni capacidad para atraer y absorber las fuerzas autónomas del proletariado, pusieron al partido bolchevique en condiciones de aceptar contactos y tomar acuerdos provisionales con otras organizaciones que tenían una cierta influencia en el proletariado, como fue el caso durante el episodio Kornilov.

Al realizar el frente único contra Kornilov, el partido bolchevique luchaba en realidad contra una reacción feudal efectiva; por otra parte, no tenía que temer ni un reforzamiento de las organizaciones mencheviques y socialistas-revolucionarias que hubiese vuelto posible su influenciamiento por parte de éstas, ni que el poder estatal tuviese un grado de solidez y de consistencia que le permitiese sacar ventaja de su alianza provisional con los bolcheviques para volverse enseguida contra ellos.

La situación y la relación de fuerzas eran completamente diferentes en los países de civilización burguesa avanzada. Aquí, la perspectiva de una restauración reaccionaria del feudalismo estaba totalmente ausente (y con más razón lo está hoy); no existía, pues, el objeto mismo de eventuales acciones comunes con otros partidos. Además, el poder de Estado y las organizaciones burguesas estaban consolidadas de tal manera en ellos

por su éxito y su tradición de dominación, que era muy previsible que las organizaciones autónomas del proletariado, empujadas por la táctica del frente único a contactos frecuentes y estrechos con ellas, corriesen el riesgo de ser casi inevitablemente influenciadas y absorbidas progresivamente por las organizaciones burguesas.

El hecho de haber ignorado esta profunda diferencia de situación y el haber querido aplicar a países desarrollados los métodos tácticos bolcheviques adaptados a la situación del régimen burgués naciente en Rusia, han conducido a la Internacional Comunista a una serie creciente de desastres y, finalmente, a su vergonzosa liquidación.

Se impulsó la táctica del frente único hasta lanzar consignas contrarias al programa del partido en la cuestión del Estado; se reivindicó la formación de gobiernos obreros, es decir, de gobiernos formados a la vez por comunistas y socialdemócratas, y llegados al poder por las vías parlamentarias normales sin romper el aparato de Estado burgués por la violencia. Esta consigna de gobierno obrero fue presentada al IVº Congreso de la Internacional Comunista como el corolario lógico y natural de la táctica del frente único; y fue aplicado en Alemania, con el resultado de una grave derrota del proletariado alemán y de su partido comunista.

Con la degeneración abierta y progresiva de la Internacional después del IVº Congreso, la consigna del frente único sirvió para introducir la táctica aberrante de los bloques electorales con partidos no solo no comunistas sino incluso no proletarios, de los frentes populares, y finalmente del apoyo a los gobiernos burgueses. Allí donde la contraofensiva burguesa del fascismo había conquistado el monopolio del poder, se proclamó -y aquí tocamos la cuestión más actual- que el partido obrero, suspendiendo la lucha por sus fines específicos, debía constituir el ala izquierda de una coalición antifascista que comprendiese ya no solamente a los partidos proletarios, sino incluso a los partidos burgueses democráticos y liberales, con el fin de combatir a los regímenes totalitarios burgueses y constituir, después de su caída, un gobierno de coalición de todos los partidos, burgueses y obreros, opuestos al fascismo. Partiendo del frente único de la clase proletaria, se desembocó así en la unidad nacional de todas las clases, burguesa y proletaria, dominante y dominada, explotadora y explotada. Es decir, a partir de una maniobra táctica discutible y contingente, que exigía explícitamente la autonomía absoluta de las organizaciones revolucionarias y comunistas, se desembocó en la liquidación efectiva de esta autonomía y en la negación, no ya solamente de la intransigencia revolucionaria bolchevique, sino incluso de la noción marxista de clase.

Esta evolución progresiva de la Internacional Comunista se encuentra en contradicción con las mismas tesis tácticas adoptadas en sus primeros congresos y con las soluciones clásicas defendidas por Lenin en *La enfermedad infantil del comunis-*

mo; por otro lado, esta evolución nos autoriza a afirmar, después de la experiencia de más de veinte años de vida de la Internacional, que una desviación tan considerable con relación a la meta final original se deriva, paralelamente a los reveses de la lucha revolucionaria anticapitalista, de un planteamiento inicial inadecuado del problema de las tareas políticas del partido.

Sin referirse al conjunto de los argumentos desarrollados en las discusiones de entonces, hoy es posible sacar la conclusión de que el balance de la táctica demasiado elástica y demasiado maniobrera ha sido no solo negativo sino desastrosamente ruinoso.

Reiteradamente y en todos los países, los partidos dirigidos por la Comintern intentaron explotar las situaciones en un sentido revolucionario recurriendo a la maniobra del frente único, y después intentaron oponerse a la así llamada victoria de la derecha burguesa con la táctica de los bloques de izquierda. Esta táctica no ha aportado sino derrotas estrepitosas. En Alemania, Francia, China, etc., estas experiencias de coalición no solo no han sustraído las masas a los partidos oportunistas y a la influencia burguesa o pequeñoburguesa para influenciarlas en un sentido revolucionario y comunista, sino que han conducido al resultado inverso en provecho de los anticomunistas. Los partidos comunistas, o bien fueron objeto de despiadados ataques reaccionarios de sus ex-aliados al romperse la coalición y sufrieron durísimas derrotas en su intento de luchar solos, o bien, absorbidos por las coaliciones, fueron paulatinamente desnaturalizados por completo hasta el punto de no diferir prácticamente de los partidos oportunistas.

Es bien cierto que, entre 1928 y 1934, la Comintern, revolviéndose inesperadamente contra las corrientes burguesas de izquierda y la socialdemocracia lanzó de nuevo las consignas de autonomía política y de lucha independiente. Pero este viraje táctico brusco no consiguió sino desorientar completamente a los partidos comunistas, sin aportar ningún éxito histórico en la lucha contra las contraofensivas fascistas o las acciones solidarias de la coalición antiproletaria de la burguesía. Se debe buscar la causa de estos reveses en el hecho de que las diversas consignas tácticas sucesivas llovían sobre los partidos y sus cuadros como otras tantas improvisaciones inesperadas, sin que la organización comunista esté mínimamente preparada para las diferentes eventualidades (1). Ahora bien, los planes tácti

(1) Esta serie de fracasos, que tuvieron lugar sin que hayan sido compensados ni siquiera parcialmente con el mínimo resultado positivo, por lo menos en el sentido de la capitalización de las enseñanzas teóricas y prácticas fecundas, resultaron del entrecruzamiento de causas objetivas y subjetivas, relacionadas esencialmente con el retraso con el cual la organización de la clase trabajadora en partido revolucionario (en antítesis total y directa a las tradiciones legalitarias y reformistas de la II Internacional) siguió el movimiento impetuoso de las contradicciones inter-

cos del partido no pueden ni deben convertirse en el monopolio esotérico de círculos dirigentes. Por el contrario, defendiendo de antemano la actitud correspondiente a las diversas situaciones previsibles, deben estar estrechamente ligados a la coherencia teórica, a la conciencia política de los militantes, a las tradiciones del movimiento, y deben impregnar la organización de tal modo que esté siempre preparada por adelantado y pueda prever cuáles serán las reacciones de la estructura unitaria del partido ante los acontecimientos favorables o desfavorables del curso de la lucha. No es tener una concepción más completa y más revolucionaria del partido esperar de él otra cosa o, más aún, el creer que puede resistir giros de timón imprevistos en el terreno de la táctica; al contrario, como lo prueban los hechos históricos, ése es el proceso clásico definido con el término de oportunismo, que lleva al partido revolucionario o bien a disolverse y a naufragar en la influencia derrotista de la política burguesa, o bien a encontrarse más vulnerable y más desarmado ante la represión.

Cuando el grado de desarrollo de la sociedad y el curso de los acontecimientos conducen al proletariado a servir causas que no son las suyas, de vez en cuando, es el oportunismo el que triunfa: el partido de clase entra en crisis, su dirección pasa bajo influencias burguesas y la reanudación de la vía proletaria no puede ya pasar más que por la escisión de los viejos partidos, la formación de nuevos núcleos y la reconstrucción nacional e internacional de la organización política proletaria.

En conclusión, la táctica que aplicará el partido proletario internacional cuando se reconstituya en todos los países deberá basarse en las normas siguientes.

La experiencia práctica de las crisis oportunistas y de las luchas llevadas a cabo por los grupos marxistas de izquierda contra los revisionismos de la IIa. Internacional y contra la desviación progresiva de la IIIa. Internacional ha mos-

nas de la sociedad burguesa y la explosión de las luchas de clase en la primera posguerra.

Se trata de esas causas mismas que determinaron el aislamiento de la revolución y de la dictadura bolchevique en Rusia, y la fallida convergencia con ella de la revolución proletaria en la Europa centro-occidental altamente capitalista que, en el bienio 1918-1920, había parecido tan inminente. La acción de estas causas estuvo poderosamente favorecida por la indeterminación de las orientaciones tácticas que se prestaban a interpretaciones que no impulsaban a los partidos comunistas occidentales a romper definitivamente con el pasado socialdemocrático, sino a acostarse o a ligarse a él, agravando así las condiciones de atraso político del movimiento obrero respecto a los grandes objetivos impuestos por la llegada de la "era de las guerras y de las revoluciones".

En este contexto, e incluso cuando se trató de corregir las desviaciones de ruta (y eso cuando se lo hizo, o al menos se intentó hacerlo, no limitándose a correcciones de pura forma), las sucesivas consignas tácticas "llovieron sobre los partidos" de la Internacional como sorpresas imprevistas, provocando en ellos el más absoluto desconcierto (Ndr).

trado que no se puede conservar intactos la orientación programática, la tradición política y la solidez organizativa del partido si éste aplica una táctica que, aunque fuese sólo en la forma, comporta actitudes y consignas aceptables por los movimientos políticos oportunistas.

Asimismo, toda vacilación, todo relajamiento ideológico encuentra su reflejo en una táctica y una acción oportunistas.

Por consiguiente, el partido se distingue de todos los otros, enemigos declarados o pretendidos afines, y aun de los que pretenden reclutar sus secuaces en las filas de la clase obrera, en que su praxis política rechaza las maniobras, las combinaciones, las alianzas, los bloques que se forman tradicionalmente sobre la base de postulados y de consignas contingentes de agitación comunes a varios partidos.

Esta posición del partido tiene un valor esencialmente histórico y le distingue en el terreno táctico de todos los otros, exactamente como lo distingue su visión original del período que atraviesa actualmente la sociedad capitalista.

El partido revolucionario de clase es el único en comprender que los postulados económicos, sociales y políticos del liberalismo y de la democracia son hoy antihistóricos, ilusorios y reaccionarios, y que el mundo se encuentra en la fase en que, en los grandes países, la organización liberal desaparece y cede el lugar al sistema fascista, más moderno.

Por el contrario, en el período en que la clase capitalista no había iniciado aún su ciclo liberal y tenía aún que derrocar el viejo poder feudal, o incluso cuando en países importantes debía recorrer todavía etapas y fases esenciales de su expansión (que todavía era liberal en el terreno económico y democrática en el del poder de Estado), era comprensible y admisible una alianza transitoria de los comunistas, en el primer caso, con partidos que eran abiertamente revolucionarios, antilegalitarios y organizados para la lucha armada; y, en el segundo, con partidos que asumían aún un papel que aseguraba condiciones útiles y realmente "progresivas" para que el régimen capitalista acelerase el ciclo que debe conducirle a su caída.

El cambio de la táctica comunista corresponde a un cambio de época histórica; no puede ser fragmentado en una casuística local y nacional, ni ir a perderse en el análisis de las incertidumbres complejas que comporta indudablemente el ciclo histórico del capitalismo, so pena de desembocar en la práctica fustigada por Lenin en *Un paso adelante, dos pasos atrás*.

La política del partido proletario es ante todo internacional (y esto le distingue de todos los otros) desde la primera formulación de su programa y la primera aparición de la exigencia histórica de su organización efectiva. Como dice el *Manifesto*, los comunistas, al apoyar por doquier todo movimiento revolucionario contra el orden social y político existente, ponen en primer plano y hacen valer, junto a la cuestión de la propiedad, los intereses comunes a todo el proletariado, que son independientes de la nacionalidad.

Mientras no fue pervertida por el stalinismo, la estrategia revolucionaria de los comunistas inspiró una táctica internacional con vistas a derribar el frente burgués en el país en que aparecen las mayores posibilidades, orientando con este fin todos los recursos del movimiento.

La segunda guerra imperialista y sus consecuencias, ya evidentes, se caracterizan por la influencia preponderante (extendida por todas las áreas del mundo, incluso aquéllas en que subsisten las formas más atrasadas de sociedad indígena) no tanto de las prepotentes formas económicas capitalistas, como del control político y militar inexorable que ejercen las grandes centrales imperiales del capitalismo, de momento reunidas en una gigantesca coalición que incluye al Estado ruso.

En consecuencia, las tácticas locales no pueden ser sino aspectos de la estrategia revolucionaria general, que debe ante todo restaurar la claridad programática del partido proletario mundial, y después tejer de nuevo la red de su organización en cada país.

Esta lucha se desarrolla en un ambiente de máxima influencia de los engaños y las seducciones del oportunismo: de la propaganda en favor de la cruzada por la libertad contra el fascismo en el dominio ideológico, y en la práctica política de las coaliciones, los bloques, las fusiones y las reivindicaciones ilusorias presentadas de común acuerdo por las direcciones de innumerables partidos, grupos y movimientos.

Proclamar que la historia ha rechazado irrevocablemente la práctica de los acuerdos entre partidos, que esta es una directiva esencial y fundamental y no de una simple reacción contingente a las saturnales oportunistas y a las combinaciones acrobáticas de los politicastros, es el único medio para que las masas proletarias comprendan la necesidad de la reconstrucción del partido revolucionario, fundamentalmente diferente de todos los otros.

Ni siquiera en fases transitorias, ninguno de los movimientos en los que participe el partido debe estar dirigido por un superpartido o un organismo superior del que dependa el grupo de partidos afiliados.

En la fase histórica moderna de la política mundial, las masas proletarias no podrán movilizarse de nuevo por fines revolucionarios más que realizando su unidad de clase alrededor de un partido único y compacto en la teoría, en la acción, en la preparación del asalto insurreccional, en la gestión del poder.

Toda manifestación, del partido, incluso limitada, debe hacer aparecer a las masas que esta solución histórica constituye la única alternativa posible contra el reforzamiento internacional de la dominación económica y política de la burguesía y de su capacidad formidable -no definitiva, pero hoy creciente- de dominar las contradicciones y las convulsiones que amenazan la existencia de su régimen.

El viraje de los Frentes Populares o la capitulación del stalinismo ante el orden establecido (1934-1938) (yII)

II. El método democrático de la conservación social enriquecido por el stalinismo

Tras haber estudiado las justificaciones teóricas del viraje de la Internacional stalinizada en relación con las condiciones históricas de la época, debemos mostrar ahora en qué consiste el método democrático de conservación social puesto ya en acción por la socialdemocracia y cómo lo ha enriquecido el stalinismo adscribiéndose a él.

Tornar inútil el recurso al fascismo

Es preciso examinar simultáneamente las dos grandes experiencias de Frente Popular en Francia y España (1) pues se complementan entre sí. Viéndolas separadamente se perdería su sentido y alcance reales, así como los del gran viraje de 1934-38.

Los acontecimientos franceses confirman en la práctica el vínculo directo establecido en teoría por el stalinismo, re cubierto de antifascismo, entre el Frente Popular y la guerra imperialista, teoría cuyo coronamiento hemos visto en el VIIº Congreso de la Internacional. Todos los actos del Frente Popular, en todos los dominios, estuvieron condicionados por la

(1) La necesidad de abreviar este estudio nos ha obligado a privar lo de toda la parte relativa a los acontecimientos mismos, por otra parte, ampliamente tratados en el artículo consagrado a *La función contrarrevolucionaria de la democracia en España*, publicado en el nº 20 de *El Programa Comunista*, así como la serie intitulada *Las lecciones del Frente Popular*, (1936) aparecida en los nº 227 y 228 de nuestro periódico francés. Invitamos al lector a remitirse a ellos.

perspectiva del futuro enfrentamiento con el imperialismo alemán (2). Las necesidades de la lucha proletaria y las de la lucha de emancipación colonial fueron deliberadamente sacrificadas a la "defensa de la patria", es decir, en realidad, al imperialismo francés, creando así una contradicción que, a la larga, necesariamente debía transformarse en un conflicto abierto.

En Francia, el enfrentamiento entre el gobierno de Frente Popular y las masas obreras y coloniales no tuvo tiempo de verificarse. Fue dilatado hasta el final de la guerra imperialista que, particularmente en Argelia, Indochina y Madagascar, vio el enfrentamiento entre la revuelta de las masas plebeyas y campesinas y un gobierno con participación socialista y comunista pero sin que le hiciese eco en la metrópoli la lucha proletaria.

En España, donde las tradiciones revolucionarias del proletariado eran muy vivas y estaban menos embotadas por los enormes amortiguadores democráticos que las de su vecina, allí, naturalmente, las luchas fueron más directas y condujeron más rápidamente a grandes desgarramientos sociales. No pasó más de un año entre la victoria electoral del Frente Popular y la sangrienta represión -en 1937- de la huelga de Barcelona, provocada por la total incompatibilidad entre el método democrático de oposición al alzamiento franquista y las profundas necesidades del proletariado y campesinado pobre.

(2) En efecto, el antifascismo del Frente Popular era mucho menos el estandarte de una lucha real contra el fascismo que el de la preparación de la guerra imperialista, tal como lo confirman los episodios que siguieron en los que ese objetivo aparecía como el principio de la acción gubernamental.

Cuando a comienzos de 1938 Blum se enfrentó con obstáculos parlamentarios que condujeron a una crisis ministerial, puso en conocimiento de sus observaciones al embajador de los EE.UU. quien las revela en estos términos: "El me confió que hubiera sido fácil destruir esta oposición dando libre curso a la fuerza física del pueblo sin necesidad siquiera de hacer un llamamiento (...). Pero agregó que rehusaba asumir semejante responsabilidad por temor a debilitar a su país frente a la amenaza creciente de Alemania". Más tarde, Blum confirmaría estos propósitos expuestos por G. Lefranc (*Histoire du Front Populaire* (1934-1938), Ed. Payot. París 1965, p.251).

Otra anécdota tiende a probar que hay que leer a los políticos an glosajones para saber lo que piensan realmente los "hombres de izquierda" franceses. En su libro *Face aux dictateurs* (París, 1964), Anthony Eden revela a su vez lo que le confía Delbos, ministro de Relaciones Exteriores radical-socialista del gobierno Blum, a propósito de España: "El gobierno francés hubiese preferido que triunfara el gobierno republicano español. Pero no pensaba que si Franco ganaba sus intereses estarían amenazados. Sólo de Alemania e Italia podía venir una amenaza" (citado siempre por G. Lefranc, op. cit., p.583). Vemos pues que a partir de estos dos episodios se pone de manifiesto la "gran diferencia" entre la "gente de izquierda" en general y los otros políticos burgueses: mientras los segundos reaccionan inmediatamente según los intereses de la burguesía, los primeros, antes de ello, pierden un segundo en hacer una reverencia a los grandes principios que regularmente se apresuran a pisotear.

¿En qué consiste pues este método democrático experimentado desde hace más de quince años por la socialdemocracia y sobre el que a su vez se alinearía el stalinismo en 1934 -con la única particularidad que éste casaría dicho método con la reivindicación del internacionalismo proletario, de la defensa de Rusia, dejando para mañana los métodos violentos dictatoriales que hoy rechazaba? Este método consiste en volver inútil el recurso al fascismo pidiendo al proletariado que renuncie a su lucha independiente de clase o, si se quiere, siendo mejor que el fascismo.

Esto es perfectamente comprensible. En efecto, no existe una oposición de clase entre fascismo y democracia sino una oposición de método. Las dos formas de la dominación burguesa alcanzan su desarrollo óptimo en diferentes condiciones históricas, con una configuración diferente de las relaciones entre las clases. La diferencia entre el fascismo y la democracia reside en que el primero se propone imponer por la fuerza lo que el segundo busca obtener por el consentimiento. (rivalizando ambos, por otra parte, en el uso de la demagogia del reformismo social). Por lo tanto, el método democrático de lucha contra el fascismo consiste en lograr que el proletariado se arrodele ante el orden establecido y respete el monopolio de la violencia detentado por el Estado burgués, para evitar que la burguesía recurra al fascismo y se dé, si es necesario, una organización de ciudadanos que complemente el Estado asegurando una centralización más eficaz de su máquina para destruir el proletariado (3).

La victoria del fascismo sanciona la inutilidad de la democracia

Para precisar los límites de la oposición entre democracia y fascismo, basta examinar el comportamiento de las diferentes fuerzas políticas en el momento en que necesariamente el mismo aparece con mayor claridad, es decir, en el momento de enfrentamientos.

Sin duda, la revuelta de los obreros austríacos, en febrero de 1934, que produjo el enfrentamiento abierto entre Dollfuss y la socialdemocracia, al igual que, en el mismo mes, la insurrección de Asturias llamada por la Alianza obrera influenciada por el partido socialista, permitieron, en la época de la rendición sin combate del movimiento obrero organizado de Alemania, que los partidos socialdemócratas redoraran su blasón y revalorizaran sus métodos. Este hecho favoreció poderosamente el alineamiento del stalinismo sobre ellos.

Pero ¿qué es lo que vemos si nos atenemos a demostrar fríamente el mecanismo de esos trágicos acontecimientos? Aún

(3) Al respecto, remitimos al lector al artículo "Roma y Moscú" aparecido en *Il Lavoratore* del 17 de enero de 1923 y reproducido en *El Programa Comunista* n°23 (marzo-mayo de 1977).

cuando el oportunismo sea capaz de ponerse una máscara revolucionaria -aprovechando particularmente una "cura de oposición"- y de apoyarse en la ola social llegando incluso a la insurrección armada, de ningún modo lo hace *para vencer* sino siempre para negociar otra distribución de las cartas gubernamentales, como surge claramente de nuestro estudio sobre *La función contrarrevolucionaria de la democracia en España* (4). Por otra parte, si se apoya en una ola proletaria es para hacer valer exigencias que no tienen nada que ver con la lucha en curso. La actitud de la socialdemocracia austríaca lo demuestra límpidamente: su oposición a Dollfuss estaba motivada por razones de política internacional, en este caso, por su deseo que Austria se alinease sobre la diplomacia anglofrancesa (5).

Evidentemente, esto *refuerza* nuestra idea que el peor peligro para el partido revolucionario es pretender llegar al poder con otros partidos y dirigir con ellos incluso el ataque contra el poder. Sin embargo, esta conclusión no podría implicar -y lo repetimos para poner término a una tenaz leyenda- la renuncia a la constitución de un frente único de defensa proletaria económico, político e incluso militar, en organizaciones abiertas de la clase a las que, teóricamente, puedan adherir pues los obreros influenciados por partidos oportunistas pero arrastrados por la lucha de clase, lo que proscribía la llamada táctica stalinista de "tercer período" falsamente asimilada a la nuestra.

Lo importante es comprender que los principios que guían a la socialdemocracia, incluso cuando ésta se opone al fascismo, a la hora del conflicto abierto se convierten en una traba tal a la respuesta proletaria -cuando no obligan a combatirla resueltamente- que, en definitiva, constituyen *la manera más segura de conducir al proletariado a la derrota*. Aunque en condiciones históricas y políticas diferentes, la reciente tragedia chilena acaba de aportar una nueva confirmación.

Evidentemente, el fondo de la cuestión es que no existe oposición de clase entre los métodos fascista y democrático. Pero esto no explica porqué, en un momento dado, tras haber actuado de común acuerdo, ambos métodos pueden enfrentarse. Para comprenderlo hay que considerar las exigencias generales de la situación histórica y las necesidades de la clase dominante.

En primer lugar, tomemos el caso de Alemania. Por supuesto, si en enero de 1933, finalmente el método nazi triunfó fue porque el nazismo logró vencer al proletariado que se batía en desbandada. Esta derrota se debió no sólo a la actitud criminal de la socialdemocracia que rehusaba todo combate (cuando no se

(4) Esta constante se expresa tanto en los sucesos de Asturias como en la guerra civil misma, en la que el resultado directo del aplastamiento del movimiento de mayo de 1937 es la propuesta de discusión en 13 puntos hecha por Negrín a los franquistas (ver *Programme Communiste* n.º 71).

(5) Esta actitud está apampliamente analizada en la revista publicada por la Izquierda en la emigración, *Bilan*, 1934, pp.113/121).

constituía ella misma en instrumento de la represión antiproletaria) sino también a la desastrosa táctica del stalinismo. El resultado de ello fue que la clase obrera, completamente paralizada, debió rendirse sin combate, sufriendo una derrota cuyos efectos negativos aún hoy se sienten. Pero eso solamente explica porqué fue derrotada la clase obrera y no porqué la clase burguesa finalmente optó por el método nazi. Ahora bien, la razón de esa elección se debe al hecho que, a pesar de la acción al fin de cuentas convergente de la socialdemocracia (por su papel ya abiertamente contrarrevolucionario) y del stalinismo (por su oportunismo criminal, lo que viene a ser lo mismo), la clase obrera alemana aún no estaba lo suficientemente diezmada como para aceptar con agrado los sacrificios exigidos por el imperialismo alemán.

La ley que trae aparejada la eliminación de la socialdemocracia se manifiesta con mayor claridad aún en la periferia de Alemania, donde los antagonismos de clase tardaron más en es tallar debido al papel eminentemente conciliador de la socialdemocracia de izquierda en su versión más hipócrita: el austromarxismo. Como lo señaló el mismo Otto Bauer, si bien Alemania siempre condicionó los acontecimientos austriacos, la eliminación de la socialdemocracia en Alemania no era más que el preludio de su eliminación en Austria. En febrero de 1934 la socialdemocracia fue empujada al suicidio porque a diferencia de 1927 —cuando alineada junto al Estado se opuso a los obreros armados— entonces *ya no era posible ningún acuerdo con Dollfuss* (6). En España ocurrió exactamente lo mismo cuando la República hubo cumplido su misión histórica.

(6) Las siguientes, son citas del libro de Bauer intitulado: *El levantamiento de los obreros austriacos, sus causas y sus efectos*. Lamentablemente, son de segunda mano (extraídas de un artículo que apareció en la *Correspondencia Internacional* nº 42 y 343 del 28 de abril de 1934 bajo el título: "La confesión de Otto Bauer", bajo la firma de un stalinista austriaco) pero corresponden tan bien al espíritu del austromarxismo que el lector nos perdonará no haberlas verificado:

"Siempre propusimos amplias concesiones para permitir una solución pacifista. Hicimos saber a Dollfuss que estábamos dispuestos a acordar, por la vía constitucional, plenos poderes al gobierno durante dos años (...) Además, en la mañana del lunes 12 de febrero, socialdemócratas de la Baja Austria discutieron con políticos socialcristianos la posibilidad de evitar la catástrofe, incluso a último momento. Cuatro horas más tarde, esos mismos socialdemócratas eran detenidos (...) La dirección del partido lloraba. Quería evitar la lucha mientras el gobierno no cometiese uno de esos actos. Pero la excitación de una gran parte de la clase obrera ya era tal que las advertencias de la dirección del partido se revelaron inútiles".

Así combate al fascismo la socialdemocracia: trata de negociar para explicar a éste que ella puede actuar tan bien como él sin recurrir a los métodos de guerra civil y trata de impedir hasta último momento que el proletariado use sus propios métodos. Cuando a pesar de todo éste lo hace, la socialdemocracia sigue paralizándolo. Y si como es probable, entonces, el enemigo resulta vencedor... ¡la socialdemocracia llora! No combate el fascismo, ¡llora su victoria!

En otros términos, si la socialdemocracia se esfuerza en probar la inutilidad del fascismo, *el fascismo, con su victoria, sanciona la inutilidad de la socialdemocracia*. Esto es una manera de decir que la democracia defendida por los partidos de la colaboración voluntaria de las clases carece de interés para la burguesía a partir del momento en que es imposible esta colaboración. Por ello, el fascismo en cuanto intento de dar una dirección unitaria al Estado burgués debe desembarazarse incluso de las estructuras de los otros partidos y, con ellas, de la parte del personal que no se somete o no engrosa sus filas. Aun cierto grado de agudeza de la lucha de clases, no puede tolerar los hábitos, las tradiciones y otras manías que constituyen una traba para la eficacia del Estado.

Fascismo, oportunismo y organizaciones obreras

La actitud específica del fascismo frente a los partidos oportunistas y las organizaciones sindicales merece una atención particular. En efecto, el hecho que el fascismo tenga necesidad de eliminar los partidos oportunistas en un determinado momento de la lucha social, de ningún modo permite hablar de "posición irreductible" entre ellos. Desgraciadamente, ni siquiera Trotsky combatió seriamente semejante idea. Muy a menudo, su crítica de la estúpida teoría del socialfascismo lo impulsó a torcer el bastón en el otro sentido y a retomar sin crítica, por ejemplo, esta afirmación de un Togliatti:

"El problema de las relaciones existentes entre el fascismo y la socialdemocracia (...) compete precisamente a este dominio (es decir, a la oposición irreductible entre el fascismo y las organizaciones obreras). Desde este punto de vista, el fascismo se distingue claramente de todos los otros regímenes reaccionarios que han sido instaurados hasta el presente en el mundo capitalista contemporáneo. Rechaza todo compromiso con la socialdemocracia, la persigue ferozmente. Le ha quitado toda posibilidad legal, la ha forzado a emigrar" (7).

Si bien la segunda parte de la proposición es justa en cuanto llega un momento en que el fascismo "rechaza todo compromiso" con el oportunismo, en realidad, este último jamás rechaza el compromiso con el primero... Por otra parte, Trotsky no se hacía ninguna ilusión al respecto cuando decía: *"Sin duda, los dirigentes de la socialdemocracia y una reducida capa de la aristocracia obrera preferirían en última instancia una victoria del fascismo a la dictadura revolucionaria del proletariado"* (8). La continuidad del personal utilizado por los dos métodos de dominación burguesa ya podía ser observada en Italia y Alemania

(7) Citado por Trotsky en "La révolution allemande", *Comment vaincre le fascisme*, Ed. Buchet-Chastel, París 1973, p. 100.

(8) "Le tournant de l'Internationale Communiste", *idem*, p. 39.

donde una buena parte de las burocracias sindicales fue pasada directamente a puestos análogos en las organizaciones corporativas. Hoy nuestra experiencia se ha enriquecido pues tuvimos ocasión de verificar la recíproca de ese fenómeno en el momento de la victoria de las democracias sobre los fascismos y muy recientemente en Portugal, a la espera de que España también la realice.

Pero volviendo a la cita de Trotsky, para poder oponer los obreros socialdemócratas a sus dirigentes es preciso que los primeros puedan desplazarse en un terreno de clase auténtico. Por ello, sin entrar en la discusión sobre el frente único proletario, en cuya aplicación disintimos con Trotsky, se puede subrayar que si bien es justo explicar "*a) la responsabilidad política de la socialdemocracia en lo que concierne a la fuerza del fascismo*" no es exacto hablar en general de "*b) la incompatibilidad absoluta que existe entre el fascismo y las organizaciones obreras en las que se apoya la socialdemocracia*" (9). En efecto, el fascismo sólo debe destruir organizaciones auténticamente clasistas y no aquellas organizaciones vacías de todo contenido de clase. Al respecto, se puede decir que las organizaciones sindicales de los años treinta, a pesar de su dirección reformista, aún eran sensibles a los impulsos proletarios. Esto podría dar la ilusión que "*la tarea del fascismo no es solamente aplastar la vanguardia comunista sino también mantener a toda la clase en una situación de atomización forzada*" (10). Pero esta tarea también la realizó efectivamente el oportunismo, tal como lo demuestra el viraje de los Frentes Populares: el stalinismo logró mantener a toda la clase en una situación de atomización completa a través de los sindicatos que éste controlaba. Por tanto, esta tarea no es característica del fascismo. En cambio, es cierto que el método por el cual alcanza este fin difiere del método del oportunismo. Efectivamente, el primero debe tratar de lograr esta atomización por la fuerza mientras que el segundo sólo pudo lograrlo por el "consentimiento" de los interesados.

Todas las fórmulas poco tajantes de Trotsky permiten hoy a sus discípulos volver a introducir bajo su bandera una concepción puramente democrática de la lucha contra el fascismo que evidentemente no era la suya, aun cuando hizo las peores concesiones a las sugerencias de esta época devastadora buscando en la alternativa "democracia-fascismo" y en la lucha por la defensa de la democracia un punto de apoyo para la lucha proletaria y comunista contra el fascismo.

El « pas de deux » de la democracia y el fascismo

Cuando el Frente Popular se vanaglorió de haber liberado a Francia del fascismo, Trotsky tuvo mil veces razón en burlar-

(9) "La révolution allemande", *idem*, p. 85.

(10) *Ibidem, idem*, p. 84

se de los autores de semejante estupidez y contestarles: "¿Por cuánto tiempo? Entre el primer alzamiento de Hitler y su llegada al poder transcurrieron diez años marcados i por alternancias de flujos y reflujos! En esa época, los Blum y los Cachin alemanes proclamaron muchas veces su victoria sobre el nacional socialismo. Nosotros no les creímos y no nos equivocamos" (11) . Por otra parte, el fascismo progresó incluso en Francia durante el Frente Popular mismo: entonces, llegó a darse una base proletaria con Doriot y su Partido Popular Francés.

El Frente Popular no liberó a Francia del fascismo y no podía hacerlo. A lo sumo, en la crisis social de los años 30, tornó inútil el recurso a este método, ya que para plegar al proletariado a las exigencias de la conservación burguesa bastó el método democrático. Indudablemente, si Trotsky sobrestimó el peligro fascista en Francia, desde luego no fue por amor a las instituciones democráticas que siempre denunció como despiadadas hacia los obreros de la metrópoli y las masas explotadas de las colonias. En él, la sobrestimación del peligro fascista iba a la par con una sobrestimación de las potencialidades revolucionarias del período. Paradójicamente podría decirse que era un error optimista sobre las posibilidades que tenía el proletariado de desembarazarse de las ilusiones democráticas.

Los demócratas franceses se jactaban de los acontecimientos de España -en los que sin embargo el proletariado había tomado las armas contra Franco- como la mejor prueba de la que disponían, pretendiendo haberse deshecho fácilmente del fascismo. Ahora bien, cuando la democracia española hubo efectuado todo el trabajo de restauración del Estado y de desarme del proletariado -gracias al oportunismo stalinista, ejecutor de acciones ruines-, cuando hubo aplastado en sangre el magnífico sobresalto de mayo de 1937, lejos de entenderse con ella, el fascismo rechazó sus ofertas de paz cuando ésta le propuso los famosos trece puntos de Negrín. Pero la burguesía española había tenido que pagar el precio de la guerra civil que había sido preciso conducir hasta el final y ya no podía pagarse el costoso lujo, en la pesada tarea de reconstrucción de un país desangrado, de contar con instituciones democráticas y sindicatos aparentemente contestatarios. Por otra parte, ese personal democrático estaba completamente desacreditado ante los ojos de las masas. La historia hace bien las cosas: la "cura de oposición" y de ilegalidad más que treintañal ha redorado el blasón de los partidos de la república y cuando la lucha renace es del seno mismo de los sectores que suscribieron al franquismo sin reservas mentales desde donde se tienden las manos hacia los desterrados de ayer, los Carrillo y los Ibarrauri, para asegurar las condiciones del paso indoloro a la democracia.

(11) Trotsky, *Le mouvement communiste en France*, Ed. de Minuit, Paris, 1971, p.566.

Dejar pasar la ola social...

Acabamos de recordar a la luz de los acontecimientos del período de los Frentes Populares los límites de la oposición existente entre los métodos democrático y fascista de conservación burguesa. Para mayor precisión veamos ahora los grandes ejes del método democrático.

Como ya lo habían mostrado los trágicos sucesos de Alemania en 1918-19, una de las características de la democracia consiste en que trata de controlar el movimiento de las masas para mantenerlo en los límites del orden establecido. Haciendo referencia a la ola de las ocupaciones de fábrica en Italia, la Izquierda comunista de Italia caracterizaba el método democrático en 1922 de la siguiente manera:

"Si ese movimiento que era irresistible porque había sido originado por hechos económicos ineluctables, se hubiese producido en una atmósfera de abierta reacción burguesa, entonces, habrían estado reunidas todas las condiciones para la formación de un ejército proletario. El auge de los sindicatos en 1919 no podía ser detenido con la violencia, más aún, ésta lo hubiese transformado en lucha general lo que, al menos, hubiese representado un grave riesgo de derrota para la burguesía. Había que dejar pasar la ola. (subrayado por nosotros) Una interpretación superficial pretende que con ello el gobierno burgués dio pruebas de debilidad pero, en realidad, se trataba de una táctica de temporización que le permitiría reforzar el aparato de Estado y esperar la crisis que no dejaría de suceder a la aparente prosperidad de posguerra. Considerar a Nitti y Giolitti como derrotistas de la causa burguesa por amor a la democracia sería, como mínimo, el colmo de la ingenuidad.

"Giolitti practicó una política audaz en el dominio social y sindical. Así logró superar el momento crucial. El partido proletario aún no había formado el embrión de un ejército rojo y hasta ese momento las organizaciones económicas habían venido con métodos pacíficos. Pero cuando se declaró la crisis industrial y la patronal rechazó nuevas concesiones, el problema de la gestión proletaria se planteó en forma y local y empírica. Los obreros ocuparon las fábricas. Esta ocupación no estuvo dirigida en forma unitaria pero era armada y coincidió con la ocupación de las tierras por los campesinos. El Estado comprendió que un ataque frontal de su parte hubiera sido torpe, que una vez más la maniobra reformista era muy indicada y que aún se podía aparentar una concesión. Con el proyecto de ley sobre el control obrero Giolitti logró que los jefes obreros hiciesen evacuar las fábricas".

Y agregaba la Izquierda:

"Nos parece que de esta manera la burguesía jugó la partida en forma clásica. Más tarde, esta partida va a desarrollarse lógicamente. No somos metafísicos sino dialécticos. No vemos en el fascismo ni en la actual contraofensiva general de la burguesía un cambio de política del Estado italiano sino la continuación natural del método empleado antes y después de la que

rra por la "democracia". No creeremos en la antítesis entre democracia y fascismo más de lo que creímos en la antítesis entre democracia y militarismo. Y no daremos más crédito para luchar contra el fascismo al cómplice natural de la democracia: el reformismo socialdemócrata" (12).

Aún más que en España, la experiencia del Frente Popular en Francia aporta una nueva ilustración de esta táctica de contemporalización (13). Al respecto, se puede señalar que los jefes reformistas son tan conscientes de su función, que consiste en *contener el movimiento social*, que llegan a expresarla exactamente con la misma imagen con la que nosotros la estigmatizamos. Por ejemplo, este es el lenguaje significativo que Blum atribuyó en el proceso de Riom a los dirigentes CGT para dirigirle a la patronal en Matignon en junio del 36:

"Nos comprometemos a hacer lo que podamos y lo haremos. Pero les advertimos que no estamos seguros de lograrlo. Cuando se está frente a un movimiento como éste, con una ola como ésta, hay que darle tiempo a que se extienda (subrayado por nosotros). Por otra parte, ahora van a lamentar haber aprovechado los años de deflación y desocupación sistemáticamente para expulsar de vuestras fábricas a todos los militantes sindicales. Ya no es tán allí para ejercer su autoridad sobre sus camaradas, para ha cer ejecutar nuestras órdenes" (14).

Hacer que la clase obrera renuncie a la violencia

El otro eje del método democrático es la capacidad que tiene la democracia para inducir al proletariado a renunciar al uso de su violencia de clase. La Izquierda italiana también había comprendido perfectamente este punto cuando en 1921 escribía:

"El socialdemócrata, el socialpacifista, no está contra la violencia en general. Reconoce a la violencia una función histórica y social. Por ejemplo, no niega la necesidad de detener y si es preciso matar al delincuente de derecho común, al autor de agresiones en la calle. Compara la invasión militar con este tipo de delitos pero se niega a compararlos también a la ofensiva civil de los camisas negras. ¿Cuál es pues la distinción que lo guía ?

"(...) Cuando la violencia es empleada, querida y ordenada por el poder del Estado, entonces, es legítima. (...) Pero la violencia defensiva contra el fascismo es ilegítima porque quie

(12) "La relación de las fuerzas sociales y políticas en Italia", artículo publicado en *Rassegna...* el 30 y 31 de octubre de 1922 y traducido en francés en nuestro opúsculo *Communisme et fascisme*, op.cit. pp. 79-80

(13) Remitirse al artículo "Las lecciones del Frente Popular (1936)" publicado en los números 227 y 228 de *Proletaire*.

(14) Citado por Y. Graipeav, *Le mouvement trotskyste en France*.

nes toman la iniciativa son fuerzas extralegales y no el Estado.

"Si no hay que defenderse contra el fascismo no es por que éste sea el mejor medio para desarmarlo (¡Turatti no ha vuelto a su infancia!) sino porque es al Estado a quien incumbe reprimir la violencia fascista, considerada según la mentalidad socialpacifista también como extralegal y extraestatal. (...)

"La política actual y la fatal política futura del Partido Socialista italiano responde a esta lógica teórica. Este lanzó la consigna del desarme y de la no-resistencia al fascismo pero el fascismo no cedió. Lanzó la consigna de la acción legal y electoral y una fracción considerable del proletariado lo siguió pero el fascismo no cedió.

"El Partido Socialista rehusa ubicarse desde el punto de vista comunista, según el cual el fascismo no es más que otro aspecto de la violencia estatal burguesa que se opone, como "ultima ratio" defensiva y contraofensiva, a la violencia revolucionaria del proletariado. El Partido Socialista va en pos de un estancamiento de la situación con el retorno a la vida normal que le permita continuar la pacífica obra tradicional para la cual su estructura está adaptada. Al no haber sido suficientes la política de desarme y el éxito electoral para el logro de este propósito, el Partido Socialista ha sido llevado a entablar negociaciones directas con los dirigentes del fascismo. Que éstas hoy fracasasen, no significa nada. El solo hecho de haberlas entablado, tras haber proclamado ya abiertamente su renuncia oficial a la lucha armada, significa ubicarse en el terreno de otras concesiones que son la consecuencia lógica de la fatal premisa "socialpacifista". Significa proponer un pacto de este tipo: "Nosotros hemos depuesto las armas, que el fascismo las deponga también respetando así este compromiso recíproco; que toda represión de violencias privadas sea nuevamente ejercida por su legítimo actor: el Estado". Todo el ardor del suspiro idiota e infame de la socialdemocracia tiende a este ilusorio "retorno". Incluso se ha dicho y es lógico y verosímil, que ambas partes se comprometerían a denunciar aquellos que atentan contra la legalidad, quienesquiera que sean, y si esto aún no se ha hecho, se hará mañana.

"Reservar al Estado toda la "administración de la violencia" no significa sólo reconocer un principio típicamente burgués. El reconocimiento de un principio "falso" debe conducir a otras consecuencias. (...)

"(...) Llegada a esta situación de gerente del Estado y, por ende, de la violencia legítimamente administrada por el poder estatal, ¿qué hará la socialdemocracia cuando los comunistas continuemos predicando y empleando la violencia para el ataque revolucionario al poder contra el Estado?

"Algo muy simple. En principio, condenará esta violencia revolucionaria, pero no hablará de no resistirla, como parecería resultar de su pseudocristianismo actual, sino que concluirá lógicamente que el Estado tiene el derecho y el deber de sofofocarla.

"En la práctica, dará a la guardia real la orden de atracar al proletariado, es decir, a aquellos que, según ella, serán entonces los bandidos antisociales que niegan la función benéfica del gobierno "obrero".

"A ese mismo fin serán llevados aquellos partidos que niegan del uso ilegal y antisocial de la violencia como medio fundamental de la lucha proletaria. Esa es la vía que ha recorrido Noske.

"Es lo que indican la crítica marxista y la dramática realidad que hoy vivimos en Italia" (15).

El VIIIº Congreso de la Internacional en Moscú se abstuvo de adoptar posiciones tan claras respecto a los medios de defensa contra la violencia burguesa. Sin duda, declaraba:

"Los comunistas deben tomar la iniciativa de la creación de una autodefensa antifascista de masa contra la agresión de las bandas fascistas, autodefensa compuesta de elementos firmes y probados del movimiento de frente único" (16). Pero no eran más que palabras. En realidad, el pacto del 27 de julio de 1934 entre el PC y el PS excluía el "recurso sistemático a la violencia". La "autodefensa de masa" fue un pretexto dado al PCF para oponerse a las "milicias de autodefensa" consideradas como una "provocación", como si la autodefensa proletaria pudiera prescindir de destacamentos obreros armados no sólo por los partidos sino también por las organizaciones de masa del proletariado. En este caso, la famosa "autodefensa de masa" excluía la violencia. Así, muy tranquilamente se llega en octubre de 1936 al desarme de todas las milicias de los partidos con el voto unánime de una ley propuesta ¡por un diputado de la derecha notoriamente vinculado a las ligas fascistas!

Si el ejemplo de Francia sigue siendo un modelo de control de un vasto movimiento de lucha económica mantenido sin de masiada dificultad en el carril de la política burguesa, en cambio, el de España sigue siendo un modelo de restauración de la autoridad del Estado por obra del oportunismo y, en primer lugar, del stalinismo. Una vez más las "vías que conducen al noskismo" fueron seguidas hasta el final, de julio de 1936 a mayo de 1937, hasta el aplastamiento definitivo de toda tentativa de lucha proletaria independiente contra el franquismo.

Todos estos hechos demuestran el papel irremplazable del oportunismo obrero en la utilización del método democrático, pa

(15) "Las vías que conducen al noskismo", publicado el 14 de julio de 1921 en *Il comunista*, republicado en *Communisme et fascisme*, op. cit., pp. 45 a 48 y en *El Programa Comunista* 23 (marzo-mayo 1977).

(16) Punto 7 de "La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional Comunista en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo (Resolución sobre el informe del camarada Dimitrov adoptada por el VIIº Congreso de la I.C. el 20/8/1935)", *Internationale Communiste* n.º 17 y 18, setiembre de 1935, p.1467.

pel completamente ignorado por todo el espontaneísmo e inmediatez obrerista que, en el fondo, son seguidistas. La democracia moderna, la del capitalismo senil e imperialista que impulsa a fondo todas las contradicciones sociales, no podría sostenerse ni una sola hora sin el reformismo social, la reforma permanente y el oportunismo obrero que son los amortiguadores de la lucha social. Este último se ha vuelto *el pilar fundamental de la democracia*. En efecto, este método de gobierno es imposible sin un control de los impulsos proletarios, lo que supone un encuadramiento político y organizativo cada vez mayor y desplaza el epicentro de la democracia burguesa de los órganos representativos a los de la concertación y de la colaboración entre las clases sociales.

La cuestión de la « unidad obrera »

Manteniendo esto presente en el espíritu se puede comprender la función real del stalinismo en el curso de este período y la importancia que a sus ojos ha tomado lo que en el VIIº Congreso de Moscú éste denominó "la unidad de la clase obrera contra el fascismo y la guerra".

En realidad, se trataba de dar a la necesidad instintiva de unidad y solidaridad que sienten todos los obreros que entran en lucha una traducción puramente oportunista y burguesa que el stalinismo engalanó con los colores de la revolución rusa y del internacionalismo proletario.

Todo el VIIº Congreso fue colocado bajo el signo de la puesta a punto de esas armas de la *Unidad*, revista y corregida por el stalinismo, es decir, de las armas del control democrático de la lucha proletaria.

La primer arma propuesta fue el *Frente único* con la socialdemocracia que, según el stalinismo, suponía el "paso de los obreros socialdemócratas a las posiciones de lucha de clase". Pero como enseguida el Congreso se apresuró a agregar que "el movimiento de frente único en Francia dió el ejemplo de lo que en realidad debe ser el frente único" (17), quedó bien sentado que si se recuerda el pacto PC-PS del 27 de julio de 1934 (18) la frase del VIIº Congreso sólo estaba destinada a cubrir *el abandono total, en la práctica, de toda política independiente de clase y el alineamiento del stalinismo sobre la socialdemocracia*.

La segunda gran arma de "unidad" concebida por el oportunismo era la *Unidad sindical*, vista desde el doble punto de vista de la unidad de las confederaciones nacionales pero también de la fusión de la Internacional de Amsterdam y de la ISR. La posición tradicional de los comunistas que hasta ese momento, los stalinistas no habían osado poner en tela de juicio, era que la unidad sindical no podía ser realizada sin derecho de fracción.

(17) Manuisky, "Balance del VIIº Congreso de la I.C.", *Internationale Communiste* nº 20, 1935, p.526.

(18) Para este tema remitimos al lector a *Proletaire* nº 227.

Esta reivindicación aún figuraba en las exigencias de los stalinistas a fines de 1934. Pero el VIIº Congreso ya no hablaba más de ello. Se la había revocado. De hecho, la reunificación se produjo a comienzos de 1936 en Francia con la liquidación de los restos de la CGTU. Esta abandonó sus cuadros a la burocracia de Jouhaux quien conservó la iniciativa política de las operaciones (19).

El VIIº Congreso ilustra claramente toda la mistificación del stalinismo. El arte de éste consiste en transformar una exigencia *justa*, como la de un frente único de lucha de todos los explotados frente al ataque contra sus condiciones de vida, en su contrario, es decir, en la reivindicación de una combinación política con partidos de los que los proletarios jamás podrán esperar ninguna defensa real. Asimismo, el stalinismo parte de la *justa* exigencia de un órgano guía único de la lucha revolucionaria para transformarlo en la reivindicación exactamente opuesta: la de la unión con partidos de los que los comunistas saben que sólo se puede esperar el *sabotaje* de la preparación revolucionaria y de la revolución misma. En un caso como en el otro, su único objetivo es estrangular la lucha de clase para arrastrar el proletariado al pantano del democratismo i gualitario y patriotero.

Las condiciones planteadas por el VIIº Congreso para la fusión con la socialdemocracia eran cinco:

"Esta unificación sólo es posible:

"Primero, a condición de una completa independencia frente a la burguesía y de la ruptura total del bloque de la socialdemocracia con la burguesía;

"segundo, a condición que previamente se realice la unidad de acción;

"tercero, a condición que se reconozca la necesidad del derrocamiento revolucionario de la dominación de la burguesía y de la instauración de la dictadura del proletariado bajo la forma de los Soviets;

"cuarto, a condición que se renuncie al sostén de su burguesía en la guerra imperialista;

"quinto, a condición que se edifique el partido sobre las bases del centralismo democrático que garantice la unidad de voluntad y de acción que ha sido corroborado por la experiencia de los bolcheviques rusos" (20).

Estas condiciones eran pura fraseología, sin hablar de la segunda que ni siquiera lo es formalmente. Se exigía que la

(19) Sobre la cuestión de la unidad sindical en 1936, ver *Proletaire* n° 228.

(20) "La ofensiva del fascismo y las tareas de la I.C. en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo (informe Dimitrov al VIIº Congreso de la I.C. -texto taquigráficamente abreviado)", *Internationale Communiste* n° 17/18, p.1308.

socialdemocracia rompiese con la burguesía en el preciso momento en que se mostraba que había una gran disposición a someterse a esta misma burguesía con el pretexto de la independencia nacional. Se exigía el reconocimiento de la dictadura del proletariado en el preciso momento en que la Internacional la aplazaba para las calendas griegas y en que admitió el sostén y la participación en un gobierno burgués. Se denunciaba el sostén a la burguesía en la guerra imperialista en el preciso momento en que se decidía que era necesario sostener a Rusia "por todos los medios" y en que se daba a la guerra, en todo país invadido, el carácter de una guerra de liberación nacional!

En su "balance", Manuïlski estuvo obligado a explicar por qué razón no se ponía el programa de la I.C. entre las condiciones exigidas e incluso por qué las condiciones de admisión pasaban de 21 a 5. Su argumento fue que, a diferencia de 1920, la Internacional ya no corría *"hoy el peligro de ser invadida por el centrismo"* (21). ¡Una manera de confesar que ya lo había sido desde hacía mucho tiempo!

El resultado práctico inmediato de esta táctica de unidad a nivel del partido fue el crecimiento desmesurado de la organización stalinista en España con la integración de las Juventudes Socialistas de Carrillo y hoy el tiempo nos permite medir toda la importancia que tuvo este hecho...

Para los espontaneístas de la época que cayeron en la trampa de la "Unidad obrera" el Frente Único PC-PS de julio de 1934 tenía en Francia un carácter proletario que se podría haber opuesto al carácter interclasista del Frente Popular. ¡Cuál no sería su estupor al enterarse por el VIIº Congreso que por su parte el stalinismo consideraba que el Frente Popular tenía como condición la unidad de los partidos llamados obreros! Los espontaneístas olvidaban -y lo olvidan siempre- una sola cosa, a saber: ¿en qué terreno, sobre qué base, sobre qué principios, se establece el Frente Único? Sólo si se establece en un terreno auténticamente clasista la oposición entre base y cima puede transformarse en un conflicto rico en potencialidades revolucionarias y a condición que exista el Partido marxista que pueda salir victorioso de los inevitables enfrentamientos con el reformismo, arrancando así de su influencia nuevas capas de proletarios. Por el contrario, dejar esta cuestión fundamental en la vaquedad es dejar que el oportunismo maniebre a su gusto y que pueda llevar la cuestión sobre *su propio terreno*, en el que pudo hacerlo desde febrero de 1934 en Francia, en el que siempre lo hará: el de la colaboración con las fuerzas e instituciones democráticas.

Por su parte, el oportunismo ha comprendido claramente lo que nosotros, marxistas, también sabemos: que el control del proletariado por la democracia supone un frente burguesía-oportunismo cuyo pivote es la alianza entre las diversas fuerzas oportunistas. También sabe que la forma más eficaz de este fren

(21) "Balance del VIIº Congreso...", op.cit. p.1533.

te se realiza a través de la *unidad de las organizaciones oportunistas*, por el control oportunista unificado sobre la *clase obrera*.

La cuestión del gobierno de izquierda

La eficacia de la alternancia democrática de los gobiernos burgueses reside en la existencia de este frente oportunista y, en el fondo, antiproletario; alternancia ésta que hoy sigue produciendo los peores estragos en la clase obrera gracias a las ilusiones perpetuadas por el oportunismo y a pesar de haber sufrido las más trágicas experiencias.

Pero la actitud más peligrosa para la preparación revolucionaria —¡e incluso para la lucha inmediata!— es la del espontaneísmo, que habla de "lucha de clase independiente" pero no vacila en describir la llegada de un gobierno de izquierda como una "victoria de la clase obrera".

En efecto, que semejante gobierno en un sentido sea un "resultado de la lucha obrera" es indiscutible pero, precisamente, sólo en un sentido. Sin embargo, lo más difícil no es comprender ese resultado directo y mecánico sino que el gobierno de izquierda es *también y sobre todo* el resultado de la maniobra del frente burguesía-oportunismo para canalizar y esterilizar la lucha proletaria con la ilusión de cambio que proporciona una renovación del personal gubernamental. Por otra parte, es *tá claro* que el efecto desmoralizante sobre el proletariado es tanto más fuerte cuanto más nuevo sea el personal y cuanto más corta sea la transición entre su pasado revolucionario (o simplemente combativo) y su ascenso a la colaboración gubernamental.

Para convencerse del papel catastrófico jugado en este sentido por el stalinismo, basta recordar las condiciones planteadas por Dimitrov en su Informe al VIIº Congreso de la Internacional para la formación de un "gobierno de Frente Popular antifascista":

"La condición esencial para que semejante gobierno de frente único sea creado es la siguiente situación:

a) cuando el aparato de Estado de la burguesía está considerablemente paralizado al punto que la burguesía no está en condiciones de impedir la creación de semejante gobierno;

b) cuando las grandes masas de trabajadores se sublevan violentamente contra el fascismo y la reacción pero no están decididas aún a alzarse en la lucha por el poder soviético;

c) cuando una parte considerable de las organizaciones de la socialdemocracia y de los otros partidos que participan en el frente único ya reclama medidas despiadadas contra los fascistas y los otros reaccionarios y está dispuesta a luchar en común con los comunistas por la aplicación de esas medidas.

"El Partido Comunista sostendrá por todos los medios a este gobierno de frente único con tal que éste tome efectivamente medidas decisivas contra los magnates contrarrevolucionarios de la finanza y sus agentes fascistas y no entorpezca de ningún modo la actividad del Partido Comunista y la lucha de la clase obrera. La participación de los comunistas en el gobierno de frente único deberá ser decidida en cada caso particular teniendo en cuenta la situación concreta" (22).

Esas condiciones son tanto más falaces pues hablan de una situación de crisis política aguda en la que cualquier militante esperaría la señal revolucionaria. *"Cuando el aparato de Estado de la burguesía está considerablemente paralizado" y "las grandes masas de los trabajadores se sublevan violentamente contra el fascismo y la reacción"* ¿no es acaso el momento favorable para el choque revolucionario? Ahora bien, precisamente en ese momento es indispensable no tener ningún vínculo con el Estado so pena de parálisis y de derrota. Y es ése el momento que el stalinismo elige como propicio para un "gobierno de Frente Popular". Así pues, promete a la burguesía que a la hora del peligro él podrá precipitarse al gobierno para salvar la barraca.

Es esto exactamente lo que ocurrió en España donde el stalinismo no llegó al gobierno para derrocar el Estado sino para reivindicar la restauración de su autoridad y ponerla en práctica. Por supuesto, como de costumbre, nuestros maoístas de hoy pretenden apoyarse en Dimitrov para acusar al PCF de haber traicionado a la clase obrera... ¡al traicionar al stalinismo! La cita que transcribimos demuestra el grado de su impostura. Dejando esto de lado, está claro que en España donde los antagonismos eran más abiertos y donde fue mucho más difícil imponer al proletariado la unidad oportunista, el método democrático implicó, a diferencia de lo que ocurrió en Francia, el recurso a la represión abierta por parte de los partidos "obreros" con el stalinismo a la cabeza.

Por tanto, es posible imaginar de qué *"medidas despiadadas contra los fascistas y otros reaccionarios"* se trataba: nada más y nada menos que de la prohibición legal de la violencia "ilegal", arma muy inofensiva frente a los fascistas pero eficaz frente a los trabajadores cuando se dejan engañar por el oportunismo. Con respecto a las *"medidas decisivas contra los magnates contrarrevolucionarios de la finanza"* siempre formaron parte del arsenal de las promesas prodigadas por los radicales-socialistas, que siempre gritaron *"¡abajo la alta finanza!"* para poder negociar mejor su apoyo.

Así pues, no basta decir que la burguesía *"no está en condiciones de impedir la creación de semejante gobierno"*. El stalinismo juega con el hecho que ciertos sectores de la clase dominante son contrarios a un gobierno de izquierda para conferir a éste último un barniz antiburgués. La verdad es que *la burguesía en su conjunto tiene necesidad de semejante gobierno*

y que éste no puede ver la luz y subsistir utilizando la mecánica bien experimentada de los parlamentos sin una alianza con los sectores decisivos de la clase burguesa, el estado mayor y la burocracia de Estado.

Por consiguiente, las condiciones planteadas por el stalinismo para la participación en un gobierno se reducen prácticamente a cero. Basta una crisis política seria y que sea posible hacer algunas promesas demagógicas. Entonces, en última instancia, todo depende de las exigencias de la conservación del *statu quo* social e imperialista, en cuyo defensor se constituye el stalinismo, y no de esas pretendidas condiciones políticas.

Por eso el PCF se abstuvo de participar en el gobierno. Para él se trataba de estar en condiciones de hacer frente a las inevitables reacciones a la política del Frente Popular. Ocultaba su rechazo con pretextos contradictorios, jugando alternativamente con la necesidad de no asustar a la burguesía "para permitir que esta última combata al fascismo" y con la primera condición para la participación gubernamental planteada por Dimitrov, condición que suponía -en una formulación más precisa que la que citamos más arriba- que "el aparato de Estado de la burguesía ya (esté) suficientemente desorganizado y paralizado" (23).

Por supuesto, esto no impidió al PCF sostener a un gobierno burgués cuando el Estado ni siquiera estaba quebrantado. En cambio, en España, la desorganización del Estado bajo los golpes de la guerra civil propulsó al PC al gobierno pero... para contribuir a la restauración de ese Estado.

Gobierno de Izquierda y « presión de las masas »

Junto a la mitología de la "Unidad obrera" cuya vinculación a un movimiento de masa ha ocultado su carácter oportunista, junto al mito de las supuestas "conquistas" concedidas a la clase obrera gracias a un gobierno de izquierda, el otro mito creado por el Frente Popular es el de la combinación de un gobierno de izquierda con la "presión de las masas", presión que como vimos en la primera parte de este estudio el stalinismo ha invocado para abandonar así la caracterización marxista del Estado. Esta cuestión fue considerada por el VIIº Congreso bajo otro aspecto, el de la organización de las grandes masas obreras en relación con un "gobierno de Frente Popular antifascista". La Internacional se preocupaba por combatir las reticencias obreras convenciendo a los militantes que tendría en cuenta la fuerza del movimiento social. Por esa misma razón no podía romper brutalmente con la reivindicación "soviets por todas partes", que luego del VIIº Congreso tardó mucho tiempo en desaparecer. Así, Dimitrov afirmaba en su informe:

(23) "Resolución sobre el Informe Dimitrov...", op.cit., p.1466.

"Los comunistas y todos los obreros revolucionarios deben trabajar para la creación de organismos de clase de frente único extrapartido en las empresas, entre los desocupados, en los barrios obreros, entre los jóvenes de las ciudades y en los pueblos, organismos éstos elegidos por la masa (y en los países de dictadura fascista compuestos por los militantes mejor vistos del movimiento del frente único). Asimismo, sólo tales organismos podrán englobar en el movimiento del frente único a la enorme masa de los trabajadores inorganizados; podrán favorecer el desarrollo de la iniciativa de las masas en la lucha contra la ofensiva del capital, contra el fascismo y la reacción y, sobre esta base, favorecerán la creación de un amplio activo de militantes obreros del frente único, la formación de centenas y de millares de bolcheviques sin partido (¡había que pensar en eso!) en los países capitalistas" (24).

Sin duda, el oportunismo debía "tener en cuenta" el movimiento de masa, la "presión de las masas"! Pero lo que los intermediarios no pueden comprender -y por ello están destinados a ponerse a remolque del reformismo- es que lo importante no es tanto la "presión de las masas" en sí como el sentido en el que ésta se ejerce; es una cuestión de dirección, una cuestión de partido. Y al mismo tiempo que el Congreso alababa verbalmente este "movimiento", preparaba las condiciones para orientarlo en el sentido del respeto al Estado de turno. En efecto, si no se utiliza el "movimiento de las masas" canalizándolo hacia la insurrección y el desmantelamiento de la máquina del Estado gracias a la dirección que el partido conquista en organizaciones políticas como los soviets en una situación revolucionaria o canalizándolo hacia la simple lucha de clase abierta y frontal contra la clase burguesa y su Estado gracias a la influencia en las otras organizaciones existentes en una situación aún no revolucionaria, entonces, sólo queda tratar de canalizarlo para hacerlo coexistir con esta máquina.

Por tanto, la salida que el oportunismo ofrecía a tales organizaciones era convertirse en organizaciones de encuadramiento y movilización de las masas obreras ofrecidas al Estado y no dirigidas contra él.

La historia no quiso que en 1936 esas organizaciones tomasen en Francia una consistencia mínima. En lo esencial, el encuadramiento dado a través de la sindicalización masiva en la confederación sindical unitaria bastó para controlar las energías proletarias. Sin embargo, digamos que esto no impidió que el espontaneísmo quisiese darles vida apoyándose en la idea que el movimiento de las masas podía corregir la orientación reformista de los dirigentes. A pesar del esfuerzo de los "pivertistas" (25) que, mientras tenían un pie en el gobierno (26), que-

(24) "Informe Dimitrov", op.cit., p. 1282.

(25) Pivertistas: corriente "de izquierda" de Marceau PIVERT, en el Partido Socialista francés.

rían oponer el "Frente Popular nº 2", el de las masas, al "Frente Popular nº 1", el de las direcciones oportunistas, a pesar de ese esfuerzo pues, la empresa debía fracasar. También las organizaciones trotskystas, arrastradas por su "maniobristismo" desenfrenado, cayeron completamente en esta trampa. Trotsky mismo llegó a imaginar que se podía actuar sobre el Frente Popular en la base para oponerlo al de las direcciones y atraer al mismo tiempo a los "pivertistas" al marxismo tomándole la palabra al VIIº Congreso de la I.C. sobre esta cuestión de los comités y reclamando la formación de comités de frente único obrero en los barrios negando, sin embargo, que fuesen soviets (27).

Pero una vez más ¿cuál es hoy el resultado de la maniobra? Las corrientes trotskystas transformaron esta táctica en una receta válida en todo tiempo y lugar y perdieron aún más el sentido de la necesidad de un verdadero partido organizado sobre principios estables, un programa claro y un abanico de posibilidades tácticas definidas que organice y centralice efectivamente la lucha proletaria y reivindique históricamente su dirección.

Por lo tanto, si en Francia la historia eludió la cuestión práctica de las relaciones entre Frente Popular y organizaciones políticas de masa, en España, donde la reacción proletaria al franquismo dió nacimiento a toda una gama de organismos económicos, políticos y militares, no ocurrió lo mismo. Entonces, ¿qué hizo el oportunismo? Desde julio de 1936 hasta mayo de 1937 se esforzó por ponerlas bajo el control del Estado venciendo las resistencias cruentamente, cuando era preciso, antes de liquidarlos lisa y llanamente!

Así pues, hoy, los teóricos del "poder popular" que incluso luego de la tragedia chilena y de la farsa portuguesa reinciden incorregiblemente en los mismos hábitos son los verdaderos herederos de esta "organización de la presión de las masas" sobre un gobierno de izquierda.

De la traición a la confesión

El stalinismo no podía ocultar indefinidamente que de trás del viraje presentado como una "etapa de aproximación" hacia la revolución proletaria y la dictadura del proletariado, en realidad, se escondía el golpe mortal asestado en la práctica a los principios todavía reivindicados en teoría y no simplemente el abandono de una táctica desastrosa.

(26) Se puede leer como testimonio de todas estas desventuras el libro de Daniel Guérin, *Histoire du Front Populaire, révolution manquée*, Juilliard, Paris, 1963.

(27) Ver al respecto el artículo "Frente Popular y comités de acción", en *Le mouvement communiste en France*, op.cit., pp.536 a 541.

Su acción contrarrevolucionaria fue mucho más profunda que la de la socialdemocracia ya que con el pretexto de la defensa de la democracia y de la patria prometía a la burguesía una alianza no solo para tiempo de guerra (como lo pretendía la socialdemocracia en 1914) sino para un vasto período que iba a extenderse a la reconstrucción de las economías y de los Estados imperialistas! En cuanto a la defensa de Rusia, ésta fue el estandarte no solo de la alianza del proletariado con su burguesía en los países aliados, sino, peor aun, del apoyo a los mas potentes y mas terribles enemigos del proletariado mundial y de las masas campesinas pobres: los imperialismos francés, inglés y americano -sobre todo este último que desde hace treinta años aplasta al mundo bajo su talón de hierro. Cuando hoy los herederos de Stalin denuncian el imperialismo USA olvidan que; ¡ja más hubiera podido volverse tan poderoso sin la ayuda del stalinismo!

Era inimaginable que las nuevas generaciones del stalinismo pudiesen continuar ocultando indefinidamente su defensa activa del *statu quo* y del orden contrarrevolucionario en el mundo bajo una fraseología tefida de comunismo. Necesariamente, tenían que llegar a *adaptar sus palabras a sus actos* y cuando hoy lo hacen nos alegramos por su confesión ya que finalmente confirma lo que siempre hemos dicho. Cuando los partidarios del "eurocomunismo", los grandes prácticos de los Frentes Populares y de los Frentes Nacionales, hoy tiran por la borda la violencia, la dictadura del proletariado, la lucha proletaria, -mientras que desde hace 40 años tiene como principios *reales* la defensa del parlamento burgués, de su máquina de guerra contra el proletariado y el rechazo de la revolución (28)- indudablemente se esfuerzan por arrancar al proletariado las armas de su emancipación aunque, a pesar suyo, están obligados a reconocer la fuerza de una teoría, la marxista, que no puede ser casada con ninguna otra.

Ayer pretendían combinar comunismo y democracia y hacían de los Frentes Populares una "etapa de aproximación" hacia la revolución socialista. Hoy, no sólo la etapa se volvió obligato

(28) Es interesante señalar que el neostalinismo soviético, si bien puede adquirir fácilmente falsos aires de fidelidad ante los completos abandonos del "eurocomunismo", no puede dejar de pasar a la fase de las confesiones.

Es así como dos historiógrafos soviéticos, M.V. Lejbzon y K.K. Sirin ja, en su libro sobre *El VIII Congreso de la Internacional Comunista* (cuya edición italiana tenemos delante de nuestros ojos), Editori Riuniti, Roma, 1975, presentan la táctica falsamente de izquierda del "tercer período", como inspirada en una excesiva rigidez doctrinal abandonada por el VII Congreso, cuyo sentido habría sido el retorno a la continuidad de la tradición leninista!

Por cierto, una mentira reemplaza otra. Sin embargo, para construir la segunda hay que reconocer como falsa la tesis sostenida hasta ahora por el stalinismo según la cual el VIII Congreso era un simple "viraje táctico", para confesar que es un resultado del oportunismo stalinista falsamente bautizado "leninismo".

ria sino que la reconocen como la etapa última que reemplaza a la revolución comunista y a la dictadura del proletariado, volviéndose así el mismo Frente Popular la transición al socialismo. ¡Y quizá ni siquiera eso! Ahora se plantean que esta "transición" puede realizarse sin gobierno de izquierda, simplemente, con un Frente Nacional que integre a la Democracia Cristiana, como en Italia o España. Una buena mañana nos despertaremos y nos enteraremos que esta "transición" ya no es necesaria y que un gobierno de unión nacional ¡ya es socialismo!

La vía recorrida por el stalinismo es una vía ineluctable. Guay de aquellos que -de buena o mala fe, en política poco importa ya que los resultados son los mismos- pretendan apoyarse en toda la mitología del antifascismo y de los Frentes Populares para combatir los renegamientos abiertos de los herederos de Stalin. Al hacerlo, enarbolan una bandera cuya única función es ocultar todos los renunciamentos. Al hacerlo, construyen en la arena y, tarde o temprano, su construcción se derrumbará dejándolos sin preparación ante la brutal alternativa a la que habían querido escapar: ¡democracia o comunismo!

el comunista

periódico mensual para España

Nº51 - Enero de 1982 :

- La lucha de los obreros polacos es la lucha de los obreros del mundo entero
- La era de la demagogia y de la vacuidad socialista
- Contra la preparación de la guerra imperialista, preparar la revolución proletaria
- La razón de la violencia - Plan de ganancias para la Standard - Contra el ANE, organizar la lucha de clase

Nº52 - Febrero de 1982 :

- Entre el yunque y el martillo
- Un gobierno "de izquierda" no puede dejar de ser un instrumento de la conservación burguesa
- Polonia : Elementos de una gran experiencia - La burguesía mundial unida contra los obreros polacos - PCE y Polonia: la última fase del stalinismo
- Situación de los prisioneros sociales
- Contra la preparación de la guerra imperialista, preparar la revolución proletaria (yII)

Nº53 - Marzo-Abril de 1982 :

- ¡Contra el terrorismo del Estado burgués!
- Polonia, El Salvador : el orden capitalista mundial aprieta las clavijas
- La crisis del PCE o las cornadas entre corrientes contrarrevolucionarias
- Necesidad del partido centralizado de la revolución comunista
- Los restos de la CSUT se confiesan - Los caminos del maoísmo llevan al PSOE - Capitalismo asesino - El ANE, pacto de traición cabal - Correspondencia obrera : estibadores portuarios de Barcelona, una lucha ejemplar

Los comunistas y las luchas obreras

« ¿ Qué hacer ? » ayer y hoy

¿Cómo conquistar una influencia sobre la clase obrera cuando se ve lo reducidas que son las vanguardias que buscan la vía de la emancipación del yugo del capitalismo y la debilidad de las fuerzas del partido? ¿En qué consiste esta influencia? ¿Cómo arrancar a la clase obrera de las garras de la política socialimperialista, reformista y democrática, cuando se encara un adversario con una formidable capacidad de "recuperar" las reacciones inmediatas a la explotación y opresión capitalistas? ¿Qué relación hay entre la participación en las luchas obreras suscitadas por las necesidades inmediatas -luchas que tienden a profundizarse y generalizarse en respuesta a los sismos económicos que se suceden con frecuencia e intensidad crecientes- y la prosecución del fin revolucionario de los comunistas que aún se ve tan lejano?

Esta es una serie de preguntas que se plantean legítimamente los militantes comunistas. Ellos han luchado durante largos y negros decenios por mantener intactas las armas teóricas del comunismo revolucionario, en condiciones extremadamente desfavorables que brindaban escasas posibilidades a una participación regular en las luchas obreras. Hoy, que esta participación se hace más continua y sistemática, deben volver a aprender, en consecuencia, el lazo viviente que existe entre teoría y acción.

Estas mismas preguntas se plantean los proletarios combativos y los revolucionarios que estos últimos años se han encontrado frente a las respuestas aportadas por una "extrema izquierda" ya completamente alineada con el reformismo obrero y que sirve de infantería a las burocracias sindicales, y frente a aquellas dadas por grupos que a menudo reaccionan contra este

curso, penoso pero previsible, con una especie de "fuga hacia a delante" en la propaganda revolucionaria y que vuelven la espalda a una lucha inmediata que muchas veces les ha decepcionado debido a la escasez de resultados significativos que ésta ha dado por sí misma.

Ahora bien, hoy se tiende a buscar la respuesta a todas estas preguntas en Lenin y, en particular, en su célebre *¿Qué Hacer?*. Pero también se recurre a él para justificar tal o cual respuesta falsa e incluso decididamente oportunista. En estas condiciones, nos parece útil volver nosotros también a Lenin y retomar sus escritos más importantes del período 1895-1905, sin excluir por ello otros posteriores, para explicar así su verdadera significación, con la que acordamos totalmente, como lo demostrarán además las frecuentes comparaciones con los textos clásicos de nuestra corriente.

Realizar las condiciones subjetivas de la preparación del proletariado para la revolución

Para Lenin, "la tarea de la socialdemocracia (es decir, el comunismo revolucionario) consiste, precisamente, en transformar, por medio de la propaganda, la agitación y la organización de los obreros, esa lucha espontánea contra sus opresores, en una lucha de toda la clase, en una lucha de un partido político determinado, por ideales políticos y socialistas definidos" (1). Esto mismo planteaba la Izquierda comunista en 1926 al afirmar que la actividad del partido "debe englobar siempre y en todas las situaciones (...) la participación activa en todas las luchas de la clase obrera" y explicaba que "el objetivo supremo de esta compleja actividad del Partido es realizar las condiciones subjetivas de la preparación del proletariado" (2).

En ciertos momentos, la maduración de las contradicciones del capitalismo provoca conflictos abiertos, choques entre las clases sociales; en un momento dado, termina volviendo la vida imposible a las amplias masas en tanto el poder de la burguesía se encuentra minado y resquebrajado por fuertes contradicciones internas. En ese momento, es necesario que el proletariado esté en condiciones de aprovechar las posibilidades revolucionarias objetivas ofrecidas por la historia para asestar un golpe decisivo al adversario. Ahora bien, la transformación de la revuelta generalizada de las masas proletarias en un ataque consciente y organizado que apunte a aniquilar el Estado capitalista solo puede ser el resultado de un trabajo de prepara-

(1) Lenin, "Nuestra tarea inmediata", 1899, *Obras*, T.4, p.220.

(2) Proyecto de Tesis presentado por la Izquierda al IIIer. Congreso del Partido Comunista de Italia, Lyon, 1926, en *El Programa Comunista* nº 34-35, abril-setiembre 1980.

ción de la clase que adquiere, a través de toda una serie de batallas parciales, la consciencia de su fuerza, la voluntad de batirse contra la burguesía y la organización indispensable para la victoria, lo que sólo se logra con una *unidad de fin y de acción*.

Sin embargo, esta voluntad unitaria no está distribuida uniformemente en cada individuo de la clase. Esta se manifiesta en grados de conciencia, voluntad y organización diferentes pero que juntos y orgánicamente ligados entre sí forman las condiciones subjetivas de la revolución.

En primer lugar, es necesario que las grandes masas proletarias y semiproletarias entren en movimiento por la satisfacción de sus necesidades económicas y políticas más apremiantes. Esta capa de proletarios se da cuenta perfectamente de la explotación y opresión que padece; sus intereses cotidianos e inmediatos la llevan en forma cada vez más frecuente a chocarse con las manifestaciones de su esclavitud contra la que ahora se rebela masivamente; pero *no está capacitada para asimilar la idea general de la lucha económica, se trata de una idea que puede ser asimilada por algunos obreros cultos a quienes la masa sigue, llevada por su instinto y por sus intereses directos, inmediatos* (3).

También es preciso que la vanguardia proletaria, la parte más avanzada de la clase, es decir, *"la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos, comprenda profundamente la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella"* (4).

Por último, es preciso un partido que no solo esté preparado para la acción revolucionaria a través de un adiestramiento adecuado y una concepción teórica justa sino que, además, haya logrado conquistar una *influencia determinante* en la vanguardia proletaria contra las otras corrientes, pudiendo realizar así la *unidad de acción* indispensable a la victoria. Esta condición es el resultado de un trabajo de largo aliento que haya permitido al partido arrancar a los elementos más enérgicos y decididos de la vanguardia de la influencia de otras corrientes. Es posible incluso que sólo el llamamiento a la insurrección le permita vencer las últimas vacilaciones de ciertas capas de la vanguardia. Esta influencia del partido también debe abarcar a las grandes masas proletarias en movimiento, cuya simpatía hacia la revolución deberá conquistar. Estas masas ayudarán *objetivamente* a la revolución aunque no tomen parte consciente y activa en la victoria.

En consecuencia, el simple hecho que sólo una minoría de la clase, aquella que está organizada en el partido, ha así

(3) Lenin, "A propósito de la *"profesión de fe"*", 1899, Obras, T.4, pp. 297/8.

(4) Lenin, "La enfermedad infantil del comunismo", 1920, Edición en lenguas extranjeras, Moscú, 1947, p.96.

milado "la idea general de la lucha" y que, por tanto, esta mi noría dirige a las masas que aún no han adquirido esta conciencia (que sólo adquirirán cuando la sociedad se dirija efectivamente hacia el comunismo, es decir, después de la toma del po der), este simple hecho, pues, bastaría para demostrar que el de sarrollo del partido y la conquista de una influencia sobre la clase no son el resultado de la sola propaganda.

Para la Izquierda comunista, "la conquista de las masas no puede realizarse con la simple propaganda de la ideología del partido y con el simple proselitismo, sino con la participación en todas las acciones a las que los proletarios son em pujados por su condición económica (...) A través de las accio nes por las reivindicaciones parciales, el partido comunista realiza un contacto con la masa que le permite hacer nuevos prosélitos: al completar con su propaganda las lecciones de la experiencia, el partido conquista simpatía y popularidad, y ha ce nacer en torno suyo toda una red más amplia de organizacio nes ligada a los más profundos estratos de las masas y, por otra parte, al centro directivo del partido mismo. De este modo se prepara una disciplina unitaria de la clase obrera" (5).

Lenin no dice otra cosa cuando, interrogándose sobre lo que "cimenta la disciplina del partido revolucionario del prole tariado", responde en particular: "Primero, la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, su firmeza, su espíritu de sacrificio, su heroísmo. Segundo, su capacidad de vincularse, aproximarse y hasta cier to punto, si queréis, fundirse con las más grandes masas traba jadoras, en primer término con la masa proletaria, pero también con la masa trabajadora no proletaria. Tercero, lo acertado de la dirección política que lleva a cabo esta vanguardia; lo acertado de su estrategia y de su táctica políticas, a condi ción de que las masas más extensas se convenzan de ello por ex periencia" (6).

Hemos recordado a qué apuntan los comunistas participando en las luchas obreras suscitadas por las condiciones de exis tencia. Se trata ahora de ver cómo actúan para llegar a ese re sultado.

«Conciencia comunista» y «conciencia de clase»

En los albores del movimiento proletario en Rusia, Lenin definió las tareas del partido en la lucha obrera con los si-

(5) "La táctica de la I.C. en el proyecto de tesis presentado por el Partido Comunista de Italia al IVº Congreso mundial", 1922, en *El Programa Comunista* nº 29, diciembre 1978/febrero 1979, p.29. Este proyecto fue presentado, con algunas modificaciones después, al Vº Congreso de la Internacional (ver *Programme Communiste* nº 83, pp.14/15), pero este punto permaneció inalterado.

(6) Lenin, "La enfermedad infantil del comunismo", *ibid.*, pp.10/11.

guientes términos: "El Partido Socialdemócrata de Rusia, declara que su tarea es ayudar en esta lucha de la clase obrera rusa desarrollando la conciencia de clase de los obreros, contribuyendo a su organización y señalando las tareas y los objetivos de la lucha" (7).

Anteriormente, hemos visto que, aun en la revolución victoriosa, sólo una minoría es conciente de los objetivos y fines del combate". Esta minoría, más o menos amplia o reducida según las situaciones, está organizada en el partido sobre la integridad de sus posiciones programáticas y de principio, independientemente de la situación o el nivel de la lucha obrera. Además, los elementos que están dispuestos a incorporarse al combate del partido pueden ser impulsados a la lucha general contra el capitalismo por una lucha proletaria o por una u otra de las innumerables brechas por las que las contradicciones del capitalismo impulsan también a individuos que pertenecen a otras clases a renegar de sus intereses de clase e incorporarse a la lucha de la clase obrera, lo que significa que este proselitismo no está directamente ligado a las luchas inmediatas.

No obstante, aunque en grados diversos, el partido debe ejercer también una cierta influencia sobre el resto de la clase. Esta influencia no podría pues resultar de la comprensión del objetivo final de la lucha sino del hecho que, en las luchas que están llevando adelante, los proletarios adhieren a la dirección del partido.

¿Es esta realmente una idea tan rara? ¿Es una interpretación nuestra del marxismo? Veamos, por ejemplo, la observación que hacía Engels sobre la situación en la Inglaterra de 1890: "El movimiento, que ahora considero irreprimible, ha nacido de la huelga de los dockers de la necesidad absoluta de defenderse. Pero, aquí también, el terreno ya había sido preparado por las diversas agitaciones de estos últimos años de modo tal que la gente, a pesar de no ser socialistas, no obstante, sólo quiso por jefes a los socialistas. Ahora, sin darse cuenta, llegan a la vía teóricamente justa, they drift into it" (8).

Naturalmente, para que esto sea posible, es preciso que los proletarios hayan forjado un mínimo de conciencia de clase, a través de su propia lucha, que los induzca a aceptar la dirección de los comunistas, quienes han encontrado en la teoría re-

(7) Lenin, "Proyecto de programa" del Partido Socialdemócrata, 1895, Obras, T. 2, p.88.

En 1922, la Izquierda definió de la misma manera las tareas de los comunistas en las luchas proletarias: "El trabajo que cumplen no se limita a la propaganda, al proselitismo y a las campañas electorales en el seno de las asambleas proletarias: es un trabajo de conquista y de organización que se desarrolla en lo vivo de la lucha y que ayuda a los trabajadores a extraer las más útiles experiencias de la acción". (Tesis sobre la táctica del Partido Comunista de Italia o "Tesis de Roma", en El Programa Comunista, n.º 26, febrero-mayo 1978,)

(8) Engels, Carta a Sorge del 8 de febrero de 1890. They drift into it, literalmente: la corriente les arrastra.

volucionaria el arma para desarrollar completamente esta conciencia basándola en el estudio científico del desarrollo social.

Comentando el proyecto de programa de 1895, Lenin explica en qué consiste la tarea de "señalar el verdadero objetivo de la lucha"; no se trata ni más ni menos que de "explicar todo lo que, en forma concisa, se señala en el programa" (9), pero la descripción de esta tarea aparece con más fuerza en el párrafo que sigue, escrito apenas un año más tarde: este trabajo "consiste en hacer propaganda de las doctrinas del socialismo científico, difundir entre los obreros un concepto justo sobre el actual régimen económico-social, sobre sus fundamentos y su desarrollo, sobre las diferentes clases de la sociedad rusa, sobre sus relaciones mutuas, sobre la lucha de estas clases entre sí, sobre el papel de la clase obrera en esta lucha, su actitud ante las clases que están en declinación y ante las que están en desarrollo, su actitud ante el pasado y el futuro del capitalismo, sobre la tarea histórica de la socialdemocracia internacional y de la clase obrera rusa" (10).

He aquí pues en qué consiste la "conciencia comunista". ¿Pero en qué consiste entonces la "conciencia de clase" de los obreros? "Esta conciencia de clase es la comprensión, por su parte, de que el único medio para mejorar su situación y lograr su liberación, es la lucha contra la clase de los capitalistas y fabricantes, clase que se origina con la aparición de las grandes fábricas. Luego, tener conciencia de clase significa comprender que los intereses de todos ellos, en un país determinado, son idénticos, solidarios; que todos ellos constituyen una sola clase, una clase aparte respecto de las demás de la sociedad. Conciencia de clase de los obreros quiere decir, por último, que éstos comprendan que para lograr sus objetivos les es indispensable influir en los asuntos de Estado, tal como lo han hecho y siguen haciéndolo los terratenientes y capitalistas" (11).

Está claro pues que la comprensión de la necesidad de "influir en los asuntos del Estado" -y si Lenin se contentaba con tal fórmula evidentemente era porque el reformismo pacifista y democrático aún no había corrompido a la clase obrera y sólo podía pensarse en "influir" por medio de la lucha política abierta y violenta- aún no constituye la conciencia del objetivo pero es la condición indispensable de ella. Esta comprensión prepara su terreno y alimenta su exigencia, aunque el paso de una a otra no sea automático, tal como lo mostraremos más adelante.

(9) Lenin, "Explicación del programa" del partido socialdemócrata . 1896, Obras, T.2, p.108.

(10) Lenin, "Las tareas de los socialdemócratas rusos", 1897, Obras T. 2, p.333.

(11) Lenin, "Explicación del programa", *ibid.*, p.104.

El partido debe realizar todas sus tareas al mismo tiempo

El estudio de las condiciones subjetivas de la revolución, y la distinción que hemos hecho entre "conciencia comunista" y "conciencia de clase", demuestran que la dirección del movimiento social por el partido no es un producto de la sola propaganda sobre los objetivos, sino que exige la conquista de un cierto número de condiciones subjetivas, debiendo todas ellas ser realizadas para que la revolución sea victoriosa.

Esta es la razón por la cual es falso oponer las tareas revolucionarias a la lucha inmediata. Por ejemplo, Lenin se le vanta contra una resolución del Comité de Odesa en 1905 sobre la lucha sindical que, poniendo "en primer lugar" la preparación de la insurrección armada, concluía que "la dirección de la lucha sindical del proletariado es inevitablemente relegada a segundo plano". Dice:

"A mi modo de ver, es teóricamente falso y erróneo desde el punto de vista de la táctica. Es falso desde el punto de vista teórico confrontar dos tareas, como si ambas tuviesen el mismo valor y estuviesen en el mismo plano: "la preparación de la insurrección armada y la dirección de la lucha sindical".

"Observen que una de las tareas está en primer plano, la otra en segundo. Tal afirmación equivale a comparar y yuxtaponer dos cosas de orden diferente. La insurrección armada es una forma de lucha política en un momento dado. La lucha sindical es una manifestación permanente, siempre necesaria en régimen capitalista, obligatoria en todo momento, del conjunto del movimiento obrero. En un pasaje que he citado en ¿Qué Hacer?, Engels distingue tres formas esenciales de lucha proletaria: económica, política y teórica. Dicho de otro modo: sindical, política, teórica (científica, ideológica, filosófica). ¿Cómo se pueden poner juntas una de estas formas esenciales de lucha (lucha sindical) y otra forma esencial de lucha en un momento dado? ¿Cómo se puede poner toda la lucha sindical, en cuanto "tarea", al mismo nivel que el medio actual de lucha política y que está lejos de ser el único? (...) No se puede poner al lado de la "dirección de la lucha sindical" más que la dirección de toda la lucha política en general, la lucha ideológica en general en su totalidad pero, de ningún modo, tales o cuales tareas particulares, dadas, actuales, de lucha política o ideológica (...).

"En estos términos, la resolución plantea, en el plano táctico, las tareas de la insurrección armada de manera muy torpe. La insurrección armada es el modo supremo de lucha política. Para que triunfe desde el punto de vista del proletariado, es decir, para el éxito de una insurrección proletaria dirigida por la socialdemocracia (y no el de otra insurrección) es necesario que todos los aspectos del movimiento obrero se desarrollen ampliamente" (12).

Es necesario que todos los aspectos se desarrollen ampliamente y, por consiguiente, que el partido trabaje en lo que a él respecta, ¡para desarrollarlos todos!

Y nótese que Lenin escribe esto en la víspera de la tormenta revolucionaria y tras haber sostenido la polémica resumida en *¿Qué Hacer?*. Por consiguiente, lo hace tras haber afirmado a justo título que "La socialdemocracia es la unión del movimiento obrero con el socialismo. Su tarea no es servir pasivamente al movimiento obrero en cada una de sus fases, sino representar los intereses de todo el movimiento en su conjunto, señalar a este movimiento su objetivo final, sus tareas políticas, y salvaguardar su independencia política e ideológica" (13). Escríbe esta resolución tras haber afirmado contra los economistas que "el carácter de clase del movimiento socialdemócrata no se debe expresar rebajando nuestros objetivos al nivel de las necesidades directas e inmediatas de un movimiento "puramente obrero" (es decir, sindical), sino asumiendo la dirección de todos los aspectos y manifestaciones de la gran lucha política libertadora del proletariado" (14).

Escribe esta resolución tras echar pestes no solamente contra la limitación de la agitación política por parte de los economistas, sino también contra su "teoría oportunista de los estadios" con la que pretendían, por una parte, limitar la acción política de la clase obrera a la simple "agitación política en el terreno económico" y, por otra, pensar en ella sólo cuando la lucha huelguística hubiese alcanzado cierta extensión (15) !

Hoy, esta actitud de Lenin parecerá curiosa a muchos que se proclaman campeones de la lucha contra el "economismo", por la simple razón que ellos ven en la lucha económica un simple medio de proselitismo, es decir, de adhesión de los proletarios al partido revolucionario. Ahora bien, tal concepción es enteramente extraña a Lenin para quien luchar contra el economismo no significa de ningún modo olvidar la importancia de la lucha económica. Veamos cómo termina la carta que critica la resolución del Comité de Odesa: "En mi opinión, hablando en general, hay que guardarse de exagerar la lucha contra los mencheviques en esta cuestión. Actualmente, es probable que pronto comiencen a fundarse sindicatos. No hay que mantenerse apartados y, sobre todo, no ofrecer la excusa de creer que hay que mantenerse a

(12) Lenin, Carta a S.I. Goussev del 13/10/1905, Obras, T.34.

Acaso no decía lo mismo la Izquierda cuando en 1922 afirmaba:

"La obra de propaganda ideológica y de proselitismo para su milicia, que el partido realiza constantemente, es inseparable pues de la acción real y de todo el desarrollo del movimiento proletario. Es un error banal el considerar contradictoria la participación en luchas por resultados contingentes y limitados con la preparación de la lucha revolucionaria final y general" ("Tesis de Roma", *ibid.*, p.26).

(13) Lenin, "Tareas urgentes de nuestro movimiento", 1900, T.4, p. 376.

(14) Lenin, "La agitación política y el punto de vista de clase", 1902, T. 5, p. 348.

(15) Ver Lenin, "¿Qué Hacer?", Obras, T. 5.

partados, sino esforzarse en participar, en influenciar, etc. Ya que existe una capa particular de obreros viejos, con cargas de familia, que en ese momento aportarán terriblemente poco a la lucha política pero muchísimo a la lucha sindical. Hay que utilizar esta capa limitándose a dirigir sus pasos en ese ámbito" (16).

Está perfectamente claro, pues, que si "hace falta que todos los aspectos del movimiento obrero se desarrollen ampliamente" para hacer posible la victoria, el partido debe participar en ese desarrollo, lo que solo puede hacer afrontando todas sus tareas al mismo tiempo.

Esto es tanto más importante cuanto que si el partido no puede integrar en sus filas más que a los proletarios -¡y no solamente a los proletarios!- que ya aceptan el programa y los principios del comunismo y, por tanto, los principales resultados de la teoría marxista y de la experiencia histórica del comunismo, su desarrollo en gran escala sólo es posible si la lucha contra el capitalismo adquiere una cierta amplitud y es impulsada hasta un cierto grado. A falta de esta amplitud e intensidad, los grupos de proletarios impulsados a una lucha general contra el capitalismo y que buscan así fundir la lucha en curso en una lucha de conjunto contra el capitalismo, una lucha revolucionaria guiada por una idea teórica justa del conjunto del movimiento y de sus fines, estos grupos siguen siendo aún débiles y dispersos. Ahora bien, esta extensión y profundización de la lucha, si bien se apoyan en los impulsos materiales objetivos, a su vez, son considerablemente facilitadas por el trabajo del partido entre los obreros, que consiste "en desarrollar su conciencia contribuyendo a la lucha que realizan por sus necesidades esenciales" (17).

O sea que el proselitismo del partido es tanto más fácil cuanto que se apoya en el cumplimiento de las otras tareas que le preparan el terreno, aún cuando su objetivo específico sea distinto.

Así, sin hablar incluso de la capacidad de intervención del partido y de su entrenamiento para la lucha -elementos absolutamente indispensables para la preparación revolucionaria - el reforzamiento y el desarrollo del partido son resultados del cumplimiento del conjunto de las tareas que le corresponden y esto en cualquier situación.

¿ Cómo desarrollar la conciencia de clase de los obreros ?

Acabamos de ver con Lenin "lo que debe entenderse por conciencia de clase de los obreros"; llegado a este punto de

(16) Lenin, "Carta a Goussev" del 13/10/1905, ya citada, *ibid.*

(17) Lenin, "Explicación del programa", op.cit., p.107.

su comentario del proyecto de programa de 1895, prosigue así:

"¿Cómo llegan los obreros a la comprensión de todo esto? La adquieren constantemente a cada paso de la misma lucha que ya han iniciado contra los fabricantes y que se desarrolla cada vez más, se torna más áspera e incorpora a un número creciente de obreros, a medida que se desarrollan las grandes fábricas".

Sigue entonces el análisis de las fases sucesivas a travésadas por el movimiento obrero en Rusia. Al inicio, se produjeron revueltas de obreros aislados. En esta fase "la hostilidad de los obreros contra el capital se traducía solamente en un vago sentimiento de odio contra sus explotadores, en una noción confusa de la opresión de que eran objeto y de su esclavitud y en el deseo de vengarse de los capitalistas. (...) Pero el movimiento obrero ruso ha superado esta forma inicial. En lugar del odio confuso hacia el capitalista, los obreros han comenzado ya a comprender el antagonismo que existe entre la clase de los obreros y la de los capitalistas. En lugar del vago sentimiento de opresión han empezado ya a discernir sobre cómo y por qué medios, precisamente, los oprime el capital; y se alzan contra ésta o aquella forma de sojuzgamiento, oponiendo una barrera a la presión del capital, defendiéndose de la codicia del capitalista. En lugar de la venganza contra los capitalistas, pasan ahora a la lucha por obtener concesiones: comienzan a plantear a la clase de los capitalistas una reivindicación tras otra y a reclamar para sí el mejoramiento de las condiciones de trabajo, el aumento de los salarios, la reducción de la jornada de trabajo. Cada huelga concentra toda la atención y todos los esfuerzos de los obreros, ya en una, ya en otra de las condiciones en que vive la clase obrera. Cada huelga suscita la discusión sobre esas condiciones, ayuda a los obreros a juzgarlas, a comprender cómo se traduce en esa oportunidad la presión del capital, cómo se puede luchar contra ella. Cada huelga enriquece con una nueva experiencia a toda la clase obrera. Si tiene éxito, sirve para mostrar la fuerza de la unión de los obreros y estimula a los demás a seguir el ejemplo de sus compañeros. Si fracasa, provoca la discusión de las causas de la derrota y la búsqueda de mejores métodos de lucha. Esta transición que se inicia ahora en toda Rusia, hacia la lucha indeclinable de los obreros por sus necesidades esenciales, hacia la lucha por arrancar concesiones, por obtener mejores condiciones de vida, de salario, y una reducción en la jornada de trabajo, marca el enorme paso adelante dado por los obreros rusos; y, por eso, a esta lucha y a cómo contribuir a la misma deben dedicar su atención principal el partido Socialdemócrata y todos los obreros concientes" (18).

Si se considera la situación de hoy, desde luego, se ven grandes huelgas pero la marcha del capitalismo, el imperialismo, el reformismo social y la corrupción democrática, han conseguido amortiguar considerablemente su alcance. Ya no hay, al menos en los países "avanzados", entre el progreso de las huelgas y

el de la "conciencia de clase", la correspondencia que observaba Lenin en Rusia de los años 90, al menos si se toman en consideración las huelgas oficiales.

Para dar un índice de la situación de la clase son más interesantes pues los episodios en los que sus reacciones escapan, aunque sea momentáneamente, al control de los lacayos sindicales del capital. Ciertos sectores de la clase han intentado incluso preparar verdaderos movimientos organizados; por ejemplo, la inmigración en Europa estos últimos años. En los países de joven capitalismo se ha entrado claramente en el estadio de grandes explosiones de lucha, de motines y revueltas, marcado por las grandes sacudidas obreras de Brasil, Túnez, Turquía, etc. El último gran acontecimiento, el del verano polaco, es de una importancia considerable pues allí la lucha social ha superado el estadio de los motines de 1956 a 1970, para pasar al de la lucha preparada, organizada para "arrancar concesiones" y ya ha tenido sus repercusiones en Italia, por ejemplo, con la magnífica huelga de los obreros de la Fiat en Turín.

Por lo tanto, esta es la situación general actual, que en su conjunto aún no ha entrado en la fase de "una lucha por la satisfacción de las necesidades esenciales", y que exige, mucho más que ayer, la lucha palmo a palmo contra las fuerzas del reformismo obrero que ocupan el terreno e intentan retardar la maduración de la conciencia de clase de los obreros.

Seguidamente, Lenin aborda las tareas del partido y, naturalmente, lo hace teniendo en cuenta el estadio ya alcanzado por la lucha y las condiciones políticas particulares:

"La ayuda a los obreros debe consistir en señalar las necesidades más apremiantes, por cuya satisfacción debe luchar, analizar las causas que agravan la situación de tales o cuales obreros, explicar las leyes y reglamentaciones fabriles, cuya violación (y las tramoyas fraudulentas de los capitalistas) so mete a los obreros tan a menudo, a un doble saqueo. Debe consistir en señalar con la mayor exactitud y precisión posibles las reivindicaciones de los obreros y hacerlas públicas, en escoger el mejor momento para resistir, elegir la mejor forma de lucha, estudiar la posición y las fuerzas de ambos bandos en lucha, analizar si no existe la posibilidad de una forma de lucha aún mejor" (19).

Formular claramente las reivindicaciones, agitar la necesidad de la lucha para obtener su satisfacción, esa es la primera tarea. Tiene un peso relativo más importante aún en la fase precedente cuando la lucha está en sus primeros pasos y, con mayor razón, en las condiciones políticas presentes en las que las necesidades reales deben ser libradas de la ganancia reformista y democrática que las envuelve.

Lenin prosigue: "Hemos dicho que el paso de los obreros rusos a esta forma de lucha muestra que han dado un gran paso

adelante. Esta lucha coloca el movimiento obrero en el buen camino, y es garantía de futuros éxitos. En esta lucha, las masas obreras aprenden, en primer lugar, a reconocer y analizar, uno tras otro, los métodos de explotación capitalista, a comprenderlos, tanto en relación con la ley, como con sus propias condiciones de vida y con los intereses de la clase de los capitalistas. Al examinar las diversas formas y casos de explotación, los obreros aprenden a entender el sentido y la esencia de la explotación en su conjunto, aprenden a entender el régimen social basado en la explotación del trabajo por el capital. En segundo lugar, en esta lucha, los obreros ponen a prueba sus fuerzas, aprenden a unirse, a entender la necesidad y el valor de dicha unión. La ampliación de la lucha y la frecuencia de los choques conducen inevitablemente a una extensión aún mayor de aquélla, al desarrollo del sentimiento de unidad, al espíritu de solidaridad, en primer término entre los obreros de una localidad determinada, después entre los de todo el país, entre toda la clase obrera" (20).

Hoy, a escala general, aún no estamos a ese nivel pero para círculos restringidos del proletariado, a los que intentamos hacer comprender la necesidad de preparar las luchas futuras y organizarse para ello fuera del ambiente reformista, el proceso es análogo.

Para estos círculos la lucha misma ya ha permitido comprender la actitud de los bonzos, cara a cara con las reivindicaciones, cara a cara con los métodos de lucha, el juego de la inspección del trabajo, de los diversos órganos del Estado... Aquí, la tarea del partido es ayudar a estos proletarios a fijar lo que han visto, la experiencia que han tenido. Ayudar a formular lo más claramente posible la experiencia hecha por tal o cual grupo de trabajadores; hacer conocer lo más ampliamente posible las lecciones extraídas de las luchas; ampliar así el campo de experiencia del conjunto de la clase y, por lo tanto, acortar al máximo la duración de su aprendizaje.

Es claro, en particular, que las formidables huelgas de Polonia, al traducir un estado más avanzado de la lucha proletaria que el nivel generalmente conseguido hoy, son una fuente formidable de experiencia; y ella permite resolver de manera visible a los proletarios avanzados cantidad de cuestiones que ellos mismos se plantean, soluciones que los comunistas deben dar a conocer y discutir en todos los aspectos.

Aquí, es indispensable hacer una observación de método: las luchas no dan sino una experiencia al principio necesariamente limitada. También es falso querer salir de esta limitación intentando hacer pasar por una lección de la experiencia

(20) *Id., ibid.* p. 106.

Este pasaje ilustra perfectamente lo que la Izquierda entiende por actividad que "ayuda a los trabajadores a extraer las más útiles experiencias de su acción" (ver nota 7).

inmediata lo que en realidad es una lección de la experiencia *histórica*, necesaria al partido para guiar sus pasos, preparar el porvenir, pero que no podría ser impuesta contra la experiencia misma de los trabajadores como una lección de la lucha sin forzarles y alimentar así aún más las reacciones de tipo *antio*rganización y *antipartido* o "antisustitucionista" ya bastante *numerosas* como reacción a la traición reformista. Sin embargo, *eso* es lo que hacen numerosas corrientes activas entre los *trabajadores*, que juzgan "insuficiente" sacar como lección de la experiencia de tal o cual huelga que, puesto que las *burocracias* sindicales han saboteado la lucha, hay que preparar las *siguientes* contra ellas; ellos se imaginan que es más radical sacar de cada huelga la lección de que hace falta la dictadura o de que falta el partido revolucionario, lo que es justo desde el punto de vista de la *propaganda general*, sacando la lección del conjunto de las huelgas, pero que sólo puede ser asimilado a las conclusiones a sacar de tal huelga particular con un paso *antimaterialista* y puramente *metafísico*.

Vayamos ahora al último punto subrayado por Lenin: "En *tercer* lugar, esa lucha desarrolla la conciencia política de los obreros. La masa obrera se ve colocada, por sus propias *condiciones* de vida, en una situación tal, que *no tiene* tiempo ni posibilidad para meditar acerca de cualquier clase de problemas de orden nacional. Pero la lucha de los obreros contra los fabricantes por sus necesidades cotidianas hace, por sí sola y en forma inevitable, que tropiecen con problemas *nacionales* y políticos, con problemas relativos a la forma en que se gobierna el Estado ruso, cómo se promulgan las leyes y reglamentaciones, y a qué intereses sirven. Cada conflicto en una *fábrica* lleva necesariamente a los obreros a enfrentarse con las leyes y con los representantes del poder estatal. Escuchan entonces por primera vez "discursos políticos" (21). Aunque más no sean las "explicaciones" de los inspectores de trabajo mostrándoles que su miseria se funda en la aplicación de la ley o de los ministros que les piden aceptar su situación por "amor cristiano":

"Después a estas explicaciones de los representantes del poder estatal y a la forma directa en que los obreros *conocen* en beneficio de quiénes actúa este poder, se agregan aún los volantes y otra clase de explicaciones de los socialistas, de suerte que durante una huelga de este tipo, reciben una *educación* política completa. Aprenden a entender, no sólo cuáles son los intereses particulares de la clase obrera, sino también el lugar particular que ésta ocupa dentro del Estado" (22).

Las condiciones han cambiado: hoy ya no se habla de "amor cristiano", sino de interés nacional y de democracia. Más aún, ya no es el ministro ni el inspector de trabajo quien en-

(21) *id.*, *ibid.* p.106/7.

(22) *id.*, *ibid.* p.107.

cuentra las justificaciones para llamar al obrero a doblar el espinazo, sino a menudo el bonzo sindical que representa teóricamente al obrero.

¿ En qué consiste la educación política de los obreros ?

Esta educación política de los obreros a partir de los materiales suministrados por la lucha económica merece varias reflexiones.

En primer lugar, es una tarea permanente que empieza con los primeros pasos de la lucha económica y *la acompaña*. Sería absurdo esperar que la "conciencia de clase" de los proletarios alcance espontáneamente un cierto nivel para que los comunistas se dignen poner su grano de sal, precisamente, porque no nace espontáneamente, automáticamente, de la lucha económica.

Lenin ha explicado ampliamente este fenómeno en 1901 en *¿Qué Hacer?* echando un vistazo retrospectivo sobre las huelgas de los años 90. E insistió muchísimo en ello. Las huelgas de este período, explica, ofrecen "muchos más destellos de conciencia" que las revueltas de los decenios precedentes y representan "ya los embriones de lucha de clases, pero nada más que embriones". Y precisa: "En sí, esas huelgas eran *lucha tradeunionista*, no eran aún *lucha socialdemócrata*; señalaban el despertar del antagonismo entre los obreros y los patronos, pero los obreros no tenían, ni podían tener, la conciencia de la oposición inconciliable entre sus intereses y todo el régimen político y social contemporáneo, es decir, no tenían conciencia socialdemócrata" (23).

Los "fulgores de conciencia de clase" que surgen del choque en el enfrentamiento con el patrón o con la policía en general son, al menos en lo que concierne a la masa de los proletarios, rápidamente extinguidos y sumergidos por los hábitos ideológicos y las relaciones sociales, a pesar de los cuales, la lucha ha estallado y avanzado. Pero también son extinguidas por la acción de las corrientes que buscan conciliar los intereses de las clases adversas. Esta política, que permanece en los terrenos del capitalismo y que, en realidad, consolida la esclavitud asalariada, en lugar de preparar su supresión, es una política obrera burguesa como decía Lenin, o aún tradeunionista, pues ella hace de la lucha política una simple prolongación de la lucha contra el patrón y encierra a los proletarios en la lucha económica, sindical o "tradeunionista".

Así, es necesario combatir dos obstáculos para pasar de la lucha tradeunionista a la lucha de clase completamente desarrollada. En primer lugar, es preciso superar lo que podríamos

(23) Lenin, "¿Qué Hacer?", *Obras Escog.* T.I, pp.141/2.

llamar la estrechez inmediata de los proletarios, sea de categoría, edad o sexo. A la larga, esta traba puede ser superada a través de la misma lucha, cuando el proletariado se da cuenta que su lucha contra el patrón y, más generalmente, contra la clase capitalista, es más potente si lucha codo a codo con el trabajador de otra categoría, de otra nacionalidad, de otro sexo, etc. Aquí, los obstáculos no solamente son las famosas "garantías" que retardan la lucha entorpeciendo la disponibilidad de los proletarios, sino las tradiciones nacionales, el espíritu de superioridad imperialista, el peso de las relaciones familiares que aplastan a las mujeres y a la juventud, etc. Está claro que la superación de esta estrechez no es en modo alguno automática y supone ya una vigorosa acción política, que sólo el partido puede llevar adelante en forma consecuente gracias a una visión clara de los "objetivos y de los fines de la lucha".

Hace falta seguidamente, y sobre todo, desarrollar un combate palmo a palmo contra la política obrera *burguesa*, la política exclusivamente tradeunionista, puramente sindical o de conciliación democrática. Esta política tradeunionista es otra cosa muy distinta que la conciencia espontánea del proletariado. Ciertamente, esta se apoya en los límites de la conciencia espontánea, particularmente en el peso de la ideología ambiental, *burguesa*, pero para cultivar la estrechez inmediata, exaltar el espíritu limitado de corporación, el chovinismo, el miedo a la lucha, y busca encerrar a los proletarios en esos límites gracias a los regateos y a una alianza con el patrón y la clase capitalista contra otras categorías, otros sectores, otras nacionalidades. Semejante política, que exagera la competencia entre los proletarios y liga del todo su suerte a la de la empresa y el Estado nacional, naturalmente presenta un peligro más grave: esteriliza los impulsos inmediatos y obstruye la lucha revolucionaria. Por ello, la tarea de los comunistas es, según Lenin, "combatir la espontaneidad, hacer que el movimiento obrero abandone esta tendencia espontánea del tradeunionismo a cobijarse bajo el ala de la burguesía y atraerlo hacia el ala de la socialdemocracia revolucionaria" (24).

Es casi inútil precisar que esta tarea es aún más ardua y merece un esfuerzo más constante hoy en día en que el "reformismo obrero" ha madurado hasta el punto de entregarse en cuerpo y alma a la burguesía y al Estado imperialista, convirtiéndose en su activo agente gracias a la obra de división sistemática que éste difunde en las filas obreras a cambio "de las migajas del festín imperialista", como ya indicaba Lenin en la época de la primera guerra mundial (25).

Esto nos vuelve a conducir a las luchas inmediatas de hoy, a través de las que intentamos educar políticamente a los

(24) Lenin, id., *ibid.*, p.150.

(25) El lector puede referirse a la serie de artículos "Tradeunionismo y comunismo" aparecida en los números 322, 323 y 324 de *Le Proletaire*.

obreros. Naturalmente, los comunistas no son los únicos en poder contribuir al desarrollo de la conciencia de clase, al menos en sus primeros pasos, pero deben hacerlo *a su manera*, inmediatamente deben brindar su explicación y orientación a fin de fortificar y profundizar la comprensión que los proletarios tienen de su situación. Además, todos los proletarios activos saben que la batalla con los bonzos empieza hoy, a partir del momento en que intentan formular las reivindicaciones y, sobre todo, definir los métodos de lucha. Ya en este nivel hacen su sucio trabajo, que consiste en desviar la espontaneidad obrera hacia la política burguesa. Este es uno de los frentes esenciales de choque con el oportunismo, uno de los frentes de lucha directa contra él, y sería completamente estúpido desertar ese combate bajo el pretexto que él no pone en juego las cuestiones de la lucha por la toma del poder o que la sola batalla digna de ser planteada es la orientación de la lucha inmediata.

Seguidamente, se trata de realizar una educación política con los materiales mismos proporcionados por la lucha y la experiencia de los proletarios. Es una *educación práctica* que no requiere postulados exteriores al campo de experiencia de los proletarios sino que utiliza lo que han visto y experimentado para una discusión que permite a los comunistas explicar la naturaleza de la explotación o de tal o cual mecanismo social, la naturaleza y la actitud de las fuerzas enemigas y de las corrientes fluctuantes. El método a seguir está ilustrado por el mismo Lenin en su "Comentario del programa" de 1895. Este es ajeno a las grandes proclamaciones generales sobre "los objetivos y los fines", que es una tarea diferente, aunque contribuya a preparar el terreno de la experiencia gracias a la cual los comunistas hacen penetrar las explicaciones sacadas de su programa que fortalecen la conciencia de clase de los proletarios. Agreguemos que esta educación también consiste en obligar *con la presión de la lucha* a cada grupo, corriente, etc., a explicar sus métodos, sus reivindicaciones y su concepción de la lucha de forma tal que sea obligado a revelar a los trabajadores, en el curso de la batalla y en los hechos, el lazo entre tal actitud práctica y tal posición política, y empujado a ponerse en contradicción con sus afirmaciones, lo que permitirá reforzar la confianza hacia el partido y su dirección.

Aún más, en el curso del cumplimiento del conjunto de estas tareas por el partido, los proletarios más conscientes adquieren confianza en la teoría, es decir, aprenden la eficacia que da a la lucha la posesión de una teoría justa, y son llevados a conocer los fines y objetivos del movimiento, por consiguiente, a ser más sensibles a la propaganda general del partido (26).

Hemos hablado aquí de la educación política de los obreros a partir de los materiales suministrados por la lucha económica. Estos materiales son importantes pues la lucha económica y sindical es una de las luchas permanentes en la que están implicadas vastas capas de trabajadores. Sin embargo, existen otras ocasiones favorables para la educación política, ya se trate de aspectos o episodios particularmente importantes de la o-

presión burguesa o, sobre todo, de las reacciones obreras que ellos suscitan. Baste pensar en la explotación y opresión suplementarias de las mujeres proletarias o incluso de los trabajadores inmigrados; en los allanamientos, crímenes racistas, persecuciones y expulsiones legales; en la miseria de los jóvenes proletarios acuartelados y sometidos al adiestramiento del militarismo burgués; en la opresión colonial y en las intervenciones imperialistas; en la feroz represión que aplasta los movimientos regionalistas o "terroristas"; en las persecuciones policiales de los jóvenes proletarios en las ciudades... Todos estos sucesos y los movimientos de revuelta que provocan permiten a los comunistas trabajar en la educación política de la clase obrera; despertar, reforzar y sistematizar el odio hacia la burguesía, su Estado y su política, sus jueces y todos los lacayos; instruir al proletariado acerca de la naturaleza de la sociedad que lo aplasta, del juego de las diferentes clases y de sus propios intereses. Esta educación política a partir de todos los odios sociales que a veces implican otras clases, por otra parte, es indispensable desde todo punto de vista. Sólo ella permite impedir a los demócratas pequeño-burgueses e interclásistas canalizar y desviar los movimientos de revuelta que, como la misma lucha económica, sólo pueden ser fecundos si se vuelven parte integrante de una sola y única lucha de clase contra la burguesía.

Con este propósito Lenin escribía en 1898: "Si no hay problema de la vida obrera, en el terreno económico, que no pueda ser utilizado con fines de agitación económica, tampoco hay en el campo político problema que no deba ser objeto de agitación política. Estas dos formas de agitación se encuentran tan indisolublemente ligadas en la actividad de los socialdemócratas como lo están entre sí las dos caras de una medalla. Tanto la agitación política como la económica son igualmente indispensables para el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado; tanto la agitación política como la económica son igualmente indispensables como orientación de la lucha de clase de los obreros rusos, pues toda lucha de clase es lucha política" (27).

Por ello, en *¿Qué Hacer?* echa pestes contra los "economistas" que pretenden limitar la educación política al solo terreno de la lucha económica, contribuyendo así doblemente a co-

(26) "Prácticamente, los comunistas son pues la fracción más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la fracción que anima las demás. Teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de tener una clara visión de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario", dice el *Manifiesto* de 1848. Es evidente que los dos aspectos son inseparables, la "visión clara" y la "resolución". La Izquierda también las liga: "Participando en primera línea en las acciones de los órganos económicos de los que forman parte, estos grupos atraen hacia sí, y por lo tanto hacia las filas del partido, a los elementos que en el desarrollo de la acción han madurado para ello" ("*Tesis de Roma*", op.cit., p.26)

(27) "Las tareas de los socialdemócratas rusos", 1898, *Obras*, T.2, p.338.

locar la lucha obrera en los brazos de la política burguesa.

Nuestra corriente comparte enteramente este punto de vista. Veamos cómo presentaba en la Internacional de Lenin, en 1922, las reivindicaciones políticas inmediatas junto a las reivindicaciones económicas: *"Incluso en las situaciones de desarrollo normal del capitalismo, era una necesidad fundamental para los partidos marxistas revolucionarios la lucha por las reivindicaciones concretas de los grupos proletarios sobre el terreno de los sindicatos y de los grupos afines. Las reivindicaciones de orden social y político general también deben servir para el trabajo revolucionario. Pero estas reivindicaciones no deben formar el terreno de un compromiso con la burguesía, por medio del cual el proletariado pague las concesiones de ésta con la renuncia a la independencia de sus organizaciones de clase y a la propaganda del programa y de los métodos revolucionarios"* (28). Y esto no es una simple petición de principio. Nuestro partido se esfuerza en traducirla en los hechos. Si se mira el trabajo de agitación que hemos efectuado en estos últimos años, se ve que ha sido ampliamente político. A menos de considerar que la solidaridad con la lucha de los soldados, la lucha contra el control de la inmigración y su igualdad de derechos, la denuncia de las intervenciones francesas en África y la represión política, del refuerzo de la policía bajo la excusa de "seguridad", etc., constituyan agitación económica.

Esta es la razón por la cual la acusación de "economismo" que a veces nos dirigen las sectas maoístas y trotskistas, reposa en un malentendido: la confusión entre "agitación política" y "propaganda por los fines y objetivos". En realidad, estos grupos vuelven la espalda a la lucha inmediata y se imaginan que si en cada lucha parcial e inmediata, no se hace propaganda por la dictadura del proletariado, entonces, se "limita" esta lucha.

Contribuir a la organización de los proletarios en el terreno de las luchas inmediatas

Por lo tanto, la primera forma de ayuda del partido a la lucha obrera, indicada por Lenin en el Proyecto de Programa de 1895 es *"desarrollar su conciencia de clase contribuyendo a la lucha que realizan por sus necesidades esenciales"* que son eco-

(28) "Proyecto de programa de acción presentado al IVº Congreso de la Internacional Comunista por el Partido Comunista de Italia", 1922, op. citado, p.29.

Las "Tesis de Roma" van en el mismo sentido: *"Con todos estos medios, el partido amplía y refuerza la influencia que por miles de lazos se extiende desde sus filas organizadas a todo el proletariado, aprovechando para ello todas sus manifestaciones y posibilidades de manifestaciones en la actividad social"* (op.cit.p.27).

nómicas y políticas. Tras haberlo expuesto y detallado, Lenin prosigue: "La segunda forma de ayuda debe consistir, como lo dice el programa, en contribuir a la organización de los obreros. La lucha que acabamos de describir exige que estén organizados. Esto es necesario tanto para una huelga, a fin de conducirla con mayor éxito, como para la recaudación de fondos en favor de los huelguistas, para la organización de cajas mutuales y para la propaganda entre los obreros; para la difusión entre los mismos de volantes, comunicados, llamamientos, etc. La organización es más necesaria aún para defenderse contra las persecuciones de la policía y de la gendarmería, para proteger de éstas todos los vínculos y contactos entre los obreros, para proporcionarles libros, folletos, periódicos, etc. La ayuda en todos estos aspectos: tal es la segunda tarea del partido" (29).

Tal afirmación no puede ser más clara y explícita y Lenin la repite muchas veces. Así, en el IIº Congreso del POSDR, en 1902: "El Congreso estima que es absolutamente necesario apoyar e impulsar en todos los casos y por todos los medios la lucha económica de los obreros y sus organizaciones sindicales" (30). Y en el Congreso de Unificación de 1906:

"Nosotros reconocemos y proponemos al Congreso reconocer que:

1) todas las organizaciones del Partido deben facilitar la formación de sindicatos sin partido e impulsar a todos los miembros del Partido, representantes de la profesión interesada, para que entren en ellos,

2) el Partido debe tender, por todos los medios a educar a los obreros militantes en los sindicatos en el espíritu de una gran comprensión de la lucha de clase y de las tareas socialistas del proletariado a fin de conquistar, en la práctica, a través de su actividad, un papel dirigente en esos sindicatos y, por último, actuar de suerte que los mismos puedan, en ciertas condiciones, unirse directamente al Partido sin excluir por ello a sus miembros sin partido" (31).

Por tanto, para un marxista revolucionario, de ninguna manera es venir a menos el participar en las tareas prácticas y concretas de la organización de los proletarios en el terreno inmediato, sea a través de la participación directa en el interior, podríamos decir, sea en el exterior, con un apoyo de las secciones del partido a la organización creada en el terreno inmediato, contribuyendo con su red interna y sus fuerzas a la lucha y organización. Es claro que en este dominio como en otros, la influencia y la dirección sólo se conquistan con la participación activa a esta tarea de organización, distinta de la ta

(29) Lenin, "Explicación del programa", 1896, op.cit. pp.107/8.

(30) Lenin, Proyecto de resolución sobre la "lucha económica" presentado al IIº Congreso del POSDR, Obras, tomo 6.

(31) Lenin, Proyecto de resolución sobre los sindicatos en la "plataforma táctica para el Congreso de Unificación del POSDR", 1906, Obras, T.10.

rea de educación clasista y de la de orientación política general.

A veces se plantea la cuestión de saber si este trabajo de organización no debe venir después del trabajo de agitación o, más exactamente, si no supone un cierto nivel previo de conciencia de clase de los trabajadores.

En realidad, no hay lucha obrera sin esfuerzo de organización. Naturalmente, hace falta que ciertas condiciones estén realizadas para que este esfuerzo llegue a un resultado. Según las condiciones generales y particulares se lograrán organismos estables o efímeros, amplios o restringidos. Un organismo restringido y efímero, o aún puramente local o categorial, constituye, con todo, una organización. Por lo tanto, está claro que la tarea que consiste en "ayudar" a la organización de la lucha, aun cuando no surja de ella ningún organismo duradero y permanente, es una *tarea permanente*, completamente distinta de las otras, a llevar al mismo tiempo que ellas y partiendo del punto exacto en el que están los trabajadores.

"En los períodos desfavorables y de pasividad de la clase proletaria, el partido tiene por tarea prever las formas de alentar la aparición de organizaciones inmediatas con objetivos económicos (...) El partido anima siempre las formas de organización que facilitan el contacto entre los trabajadores de diferentes localidades y de diferentes oficios y su acción común" (32). El hecho de que esta afirmación haya sido hecha en 1951, es decir, en lo más bajo de la curva de la contrarrevolución, sería suficiente para demostrar que esta tarea de organización es *constante e independiente* de la situación, la que sólo determina sus formas y los resultados inmediatos que se pueden esperar de ella.

Si ahora miramos la situación que prevalece hoy día en Europa, es claro que aquí no estamos por la constitución inmediata de vastas organizaciones de clase estables y permanentes (33) y que los únicos organismos que consiguen durar (si es que lo consiguen), en general, están limitados a grupos infinitesimales de proletarios, la mayor parte del tiempo politizados,

(32) *Tesis Características del partido, 1951.*

Que el trabajo de los comunistas sea también un trabajo de "organización", y que la propaganda y la agitación por las reivindicaciones no tiene sentido más que en unión con la organización de los trabajadores resurge de nuevo de este pasaje de las "Tesis de Roma" (op.cit., p.27): "*A demás de participar de esta manera en la vida de los organismos proletarios que surgen naturalmente por la presión de reales intereses económicos, y a demás de favorecer su extensión y fortalecimiento, el partido se esforzará para que su propaganda ponga en evidencia los problemas de real interés para los obreros que pueden dar lugar -en el desarrollo de las situaciones sociales- a nuevos organismos de lucha económica*"

(33) Para el estudio de las condiciones históricas y políticas del nacimiento de organizaciones de lucha inmediata, ver el artículo "Asociacionismo obrero, frente proletario de lucha y partido revolucionario hoy", en *El Programa Comunista* nº 36, octubre-diciembre 1980.

lo que, por otra parte, no les permite aguantar el golpe en los periodos de reflujo. ¿Esto quiere decir que el partido *sólo* debe fijarse como tarea organizar a los trabajadores combativos y *sólo después* dedicarse a organizar capas más vastas de proletarios? Actuar de esta manera equivaldría a reproducir en otro nivel el error que consiste en exigir un cierto nivel de desarrollo al partido antes de participar en las luchas inmediatas, lo que equivale a concebir este desarrollo, aunque sea en una cierta fase, como un resultado de la propaganda. Ya hemos visto que esto es erróneo. Si volvemos a las relaciones entre los proletarios combativos y la masa de los trabajadores que no se pone en movimiento más que en forma esporádica y deshilvanada, sería igualmente falso imaginar que los primeros llegan a la necesidad de organizarse entre sí para preparar las luchas futuras independientemente de su esfuerzo por organizar, de una u otra forma, a sus camaradas de clase; a menos que se caiga en la idea de una lucha económica llevada adelante solamente por grupos de vanguardia. *No puede haber entonces otra condición previa a los esfuerzos por organizar la masa de los proletarios que su puesta en movimiento.* El esfuerzo de organización de los proletarios en el que deben participar los comunistas, en la medida de sus fuerzas, parte pues de las reacciones más elementales e "inconscientes", de los grupos de proletarios, cualesquiera sean sus éxitos y resultados inmediatos. Necesariamente, a través de estos esfuerzos repetidos se destacan los trabajadores de vanguardia, a los que, naturalmente, el partido dedica un cuidado particular pues ellos guían los pasos de sus camaradas pero *sin olvidar las otras capas de trabajadores.*

El pasaje de las "Tesis de Roma" de 1922, en el que decimos que el partido no anima el desarrollo de la conciencia de clase y el paso a una acción proletaria general "*negando aquellos movimientos elementales, sino integrándolos y superándolos a través de la experiencia viva, incitando a su realización, tomando parte activa en ellos, siguiendo atentamente todo su desarrollo*" (34), debe ser comprendido de este modo.

¿Qué muestra la pequeña experiencia adquirida en estos últimos años? Es la vida misma la que ha probado que es imposible tejer lazos entre proletarios de categorías y empresas diferentes *sin* llevar adelante la lucha contra las burocracias sindicales, contrariamente a las pretensiones de los diversos grupos de "extrema izquierda" que ya están integrados a esas burocracias. Gracias a este hecho que, por otra parte, ha conducido a más de un proletario combativo a un desánimo temporal, hoy es posible hacer admitir a grupos, efectivamente aún restringidos, de proletarios la necesidad de tejer estos lazos fuera del control de los aparatos sindicales. Naturalmente, los comunistas no son los únicos en preconizar el establecimiento de tales lazos, pues su necesidad se deriva de las exigencias mismas de la lucha y, por consiguiente, se impone a todos los pro-

letarios activos, cualquiera sea su filiación política al principio. Sin embargo, participando desde el principio en los esfuerzos por crear esos lazos, contribuyendo a esta tarea con las fuerzas que tienen y tomándola por lo que ella es, los comunistas no adquieren solamente una experiencia preciosa, también pueden imprimir a la organización naciente, de golpe y desde el principio, el método más eficaz y, por tanto, el más inmediatamente generalizable al conjunto del movimiento.

"A la socialdemocracia rusa, decía Lenin en 1905, le interesa encontrar desde el principio la nota justa para los sindicatos, erigir desde el vamos en tradición la iniciativa socialdemócrata sobre este punto, la participación socialdemócrata, la dirección socialdemócrata. Naturalmente, en la práctica, se puede carecer de fuerzas, pero esto es otra cuestión" (35).

Evidentemente, es imposible abandonar esta tarea a otras corrientes bajo el pretexto de que habría que esperar un cierto grado de desarrollo del movimiento para poder ayudar a su organización. Esto equivaldría a permitir que las otras corrientes siembren el camino de la reanudación de clase, ya suficientemente difícil, con obstáculos suplementarios. ¡Ya hay demasiadas luchas obreras en el mundo en las que los comunistas desgraciadamente no tienen la posibilidad de intervenir, para que se abstengan de asumir sus tareas, incluso las más mínimas, en los sitios, desgraciadamente aún excepcionales, en los que tienen la fuerza!

Cómo concebir la propaganda para el programa comunista

Veamos cómo llega Lenin, en su explicación del proyecto de programa del partido ruso, a la propaganda por los objetivos revolucionarios:

"La tercera consiste en señalar el verdadero objetivo de la lucha, o sea, esclarecer a los obreros en qué consiste la explotación del trabajo por el capital, sobre qué se mantiene, de qué modo la propiedad privada sobre la tierra y los instrumentos de trabajo condena a las masas obreras a la miseria, las obliga a vender su trabajo a los capitalistas y a entregarles gratuitamente todo el excedente creado por su trabajo después de producir lo necesario para subsistir; en explicar, luego, cómo esta explotación conduce inevitablemente a la lucha de clase de los obreros contra los capitalistas, cuáles son las condiciones de dicha lucha y su objetivo final: en una palabra, en explicar todo lo que, en forma concisa, se señala en el programa" (36).

(35) Lenin, Carta a S.I. Goussev del 13/10/1905, Obras, T.34.

(36) Lenin, "Explicación del programa", op.cit., p. 108.

Es útil volver sobre este punto, en realidad nuestro punto de partida pero esclarecido ahora por todo nuestro estudio. Efectivamente, puede sorprender ver que en este texto, escrito en 1896, Lenin no se extiende demasiado sobre esta "forma de ayuda", mientras que insiste mucho sobre la primera y finalmente la coloca en tercer lugar. Apenas unos años después él insistía, a la inversa, en el hecho que *"la socialdemocracia no se limita simplemente a servir al movimiento obrero"* y que *"su tarea es introducir en el movimiento obrero espontáneo definidos ideales socialistas"* (37). Y en el *¿Qué Hacer?*, pondrá todo el acento en la tarea *"de indicar el objetivo verdadero de la lucha"* que antes venía en tercer lugar, al igual que la Izquierda Comunista en 1926, cuando afirmaba que una de las tareas permanentes del partido es *"la participación activa en todas las luchas de la clase obrera, incluso en las suscitadas por intereses parciales y limitados, para alentar su desarrollo, pero aportándoles constantemente el factor del enlace con los objetivos revolucionarios finales y presentando las conquistas de la lucha de clase como vías de acceso a las indispensables luchas futuras, denunciando el peligro de acomodarse con las realizaciones parciales, consideradas como puntos de arribo, y de sacrificarles las condiciones de la actividad y combatividad clasista del proletariado, tales como la autonomía e independencia de su ideología y de sus organizaciones, en el primer rango de las cuales está el partido"* (38).

En realidad, no hay ninguna contradicción entre las dos actitudes. En primer lugar, en todos los casos, esta tarea es presentada como permanente y distinta de las otras. En segundo lugar, la importancia que se le da, es decir, el lugar que tiene en la actividad del partido, varía con las situaciones históricas, o sea, con el grado de madurez alcanzado por las luchas obreras. Naturalmente, se podrá decir que esta madurez depende del hecho que una minoría más grande de trabajadores se instruya en las tareas comunistas e intervenga en la lucha inmediata *"ligándolas constantemente a los objetivos finales revolucionarios"*. Esto es incuestionable y permite evaluar la situación pero no nos explica cómo esta "minoría consciente" se amplía y refuerza la maduración general de la conciencia de clase del conjunto del movimiento. Ahora bien, a partir del momento en que el desarrollo de esta minoría no puede ser visto como un simple resultado de la propaganda general, hace falta precisar la relación que hay entre esta propaganda y los impulsos materiales de la clase. Está claro entonces que la receptividad a esta propaganda por los "objetivos finales revolucionarios", propaganda que el partido lleva adelante en cualquier circunstancia, varía con los progresos del nivel de "conciencia de clase" alcanzado por la clase, nivel que es el resultado del doble juego de los impulsos materiales y del trabajo de educación clasista que el

(37) Lenin, "Nuestras tareas inmediatas", 1899, *Obras*, T.4, p.221.

(38) "Proyecto de Tesis presentado por la Izquierda al IIIer. Congreso del Partido comunista de Italia" o "Tesis de Lyon", 1926, op.cit., p35.

partido lleva a cabo participando en las luchas.

Particularmente, no es difícil comprender que sólo pueden ser plenamente sensibles a los "objetivos del movimiento" los proletarios ya impulsados a pasar del terreno de la lucha por los objetivos particulares al de la lucha proletaria general, es decir, revolucionaria, en otros términos, los proletarios que ya llegaron a la comprensión de que la clase obrera es una fuerza, que sus intereses son idénticos a escala internacional y que para modificar su suerte debe llevar adelante una lucha que utilice el arma del Estado.

De ninguna manera esto significa que esta propaganda "por los objetivos finales revolucionarios" consista solamente en la exposición general y sistemática de las leyes del capitalismo, de la lucha de clases y de sus principios, en suma, del programa. Ni siquiera la propaganda que apunta al reforzamiento teórico de los militantes podría adquirir este carácter independientemente de las situaciones políticas, de los impulsos materiales y las necesidades de la lucha del partido, sin caer en un academismo esterilizante. La propaganda por el programa debe ser realizada partiendo de las contradicciones reales de la sociedad burguesa tal como ellas se manifiestan en el campo de experiencia de los proletarios y partir de ahí para demostrar la necesidad del comunismo.

"Por su contenido, explica Engels, ante todo, el socialismo moderno es producto de la toma de conciencia, por una parte, de las oposiciones de clase que reinan en la sociedad moderna entre poseedores y desposeídos, asalariados y burgueses; de otra, de la anarquía que reina en la producción" (39). Pero *"en su forma teórica"*, utiliza los materiales elaborados por las doctrinas políticas, filosóficas y económicas más radicales para llegar a superarlas en una "teoría nueva" que no es otra cosa que el marxismo revolucionario. Esta doctrina no nace entonces directamente de la lucha social, en perjuicio de los que acusan a Lenin de haber "inventado" o retomado de Kautsky la idea de la "importación de la conciencia comunista" en la lucha inmediata de la clase, sin ver que es de Marx y Engels, y que deriva naturalmente de la dialéctica de las relaciones entre los impulsos materiales y la formación de la conciencia de clase.

Hay una clara distinción entre la conciencia de la necesidad de la lucha de clases y la conciencia teórica del comunismo pero existe un potente vínculo entre ambas. La propaganda "por los objetivos y fines del movimiento" parte de la toma de conciencia de las oposiciones de clase para mostrar la necesidad de la toma del poder y de la insurrección, y la necesidad de prepararlas mediante una lucha de partido. Al mismo tiempo, parte de la toma de conciencia de la anarquía que reina en la producción; del sentimiento de injusticia; de la revuelta provocada por la acumulación de la miseria en un polo de la sociedad

(39) Engels, "Socialismo utópico y socialismo científico".

y la riqueza en el otro, por la sucesión de las crisis y guerras para dividirse y repartirse esta riqueza producida por la clase explotada, para demostrar la exigencia y posibilidad del comunismo, para el que la dictadura y la revolución proletarias son la condición política indispensable.

Es claro pues, que existe toda una gama extremadamente compleja de medios, niveles y formas de propaganda "por los objetivos finales y revolucionarios" que dependen de los grupos de trabajadores diferentes, de su nivel de conciencia y de cantidad de otros factores.

Pero hay que mirar el estadio alcanzado por la lucha de clase en su conjunto para comprender el lugar que se asigna a la propaganda por los objetivos y fines de la lucha en el texto de Lenin de 1895 y en los artículos aparecidos en los años 1900 y siguientes. Entre ambos períodos algo ha cambiado.

En 1895, se está pasando en Rusia del "estadio del odio confuso contra el capitalista" al de la "lucha enérgica" de los obreros para "satisfacer sus necesidades esenciales". Con el giro del siglo XX, la lucha proletaria en Rusia, fortalecida con la experiencia precedente, tiende "espontáneamente" a superar ese estadio. En primer lugar, los proletarios tienden a extender la lucha contra el Estado a todos los aspectos de la vida social. Además, esta lucha mucho más amplia impulsa a grupos cada vez más numerosos de proletarios a "desplazarse en el terreno de la lucha general" contra el capitalismo. En estas condiciones, es claro que, sin ignorar del todo las tareas que consisten en "desarrollar la conciencia y la organización de la clase obrera", resulta vital ligar estrechamente la lucha inmediata a los objetivos generales, de hacer de la lucha inmediata un aspecto de la lucha conjunta de la clase obrera, desarrollando los otros aspectos, político y teórico, so pena de hacer a la lucha económica inmediata ineficaz y estéril. Aún más, al mismo tiempo que esta tarea toma constantemente consistencia, la puesta en movimiento de capas cada vez más grandes de obreros da al mismo tiempo, como ya lo habíamos visto, a todas las otras tareas, y particularmente, a la agitación y a la organización, un campo más vasto de aplicación.

o o o

¿Dónde estamos nosotros hoy en día en Europa? Globalmente aún no hemos llegado al "estadio" de "la lucha enérgica por la satisfacción de las necesidades esenciales". La lucha por desarrollar la conciencia y la organización de la lucha proletaria parte de un nivel extremadamente bajo y a menudo desconcertante. Esta no es evidentemente la razón para no llevarla a cabo, al contrario.

La unión con los "objetivos revolucionarios" es a menudo extremadamente difícil de hacer, pues la distancia entre ambos

niveles es terriblemente grande y sólo puede ser franqueada por grupos de proletarios aún restringidos y minúsculos a los que esta propaganda resulta accesible. Pero esto no autoriza el intento de salvar esa distancia por una suerte de forcing verbal, por una declamación sobre el objetivo final, que no sería más que una forma de inmediateismo activista, un oportunismo simétrico a aquél que modifica el objetivo en la esperanza de hacerlo más accesible.

Los comunistas ayudan a esta lucha a recorrer más rápidamente todas las etapas que aún nos separan del *objetivo final* revolucionario, único e invariante, cumpliendo el conjunto de sus tareas, sin olvidar ninguna y dándoles la intensidad permitida por las circunstancias y exigida por el nivel real de las luchas proletarias.

el proletario

suplemento cuatrimestral para América Latina de « el programa comunista »

Nº12 - Setiembre-Diciembre de 1981 :

- ¡Antiimperialismo proletario o antiimperialismo burgués!
- En el reino de la inestabilidad capitalista
- Argentina : Una situación social explosiva - Recomienzan las grandes maniobras
- Brasil : Contra el consenso social : preparar la lucha proletaria - La huelga de la Fiat-Diesel - Acerca del Conclat : ¿consolidar la burocracia sindical?
- Chile : ¡Viva el despertar de la clase obrera! - El Mapu-PT o el revolucionarismo hueco de la pequeña burguesía
- Nicaragua : Prohibido el derecho de huelga
- Perú : ¡La democracia al paredón! - Ofensiva burguesa, resistencia proletaria y sabotaje reformista
- Venezuela : Ruido de sables en torno a la Guayana
- USA : Los 74 días de huelga de los mineros norteamericanos
- México-Usa : Las negociaciones de Camp David contra la clase obrera

Nº13 - Enero-Abril de 1982 :

- ¡Que el orden capitalista deje de reinar en Polonia!
- Argentina: ¡No a la "ley del olvido"! - El Movimiento Peronista Montonero puntal del régimen burgués
- Brasil : La CONCLAT rumbo al sindicalismo democrático
- Situación actual y exigencias de la lucha de clase
- Estados Unidos : Hacia la peor recesión de la posguerra
- Haití : Parias del Caribe
- Peru : Tras la borrachera democrática, la militarización en marcha
- Venezuela : El conflicto de los presos - Mérida : Luchas proletarias y judas "de izquierda" - La izquierda sindical, maldición de la clase obrera
- De tanto correr tras los "frentes revolucionarios" se pierden de la vía de la revolución proletaria
- Correspondencia de la redacción